

EL PROCESO CONVERSIONAL DEL PROFESOR GARCIA MORENTE

ANDRES MOLINA PRIETO

Consejero de número del Instituto de Estudios Giennenses

I. INTRODUCCION

La preclara figura del eximio Profesor don Manuel García Morente (1), desaparecido de entre nosotros hace ya tres largas décadas, permanece hoy injustamente olvidada como si una extraña conjuración de silencio la hubiera velado en el recuerdo. Es verdad que una fervorosa legión de aprovechados discípulos —hoy, muchos de ellos, destacadas personalidades en el campo de la ciencia y docencia española— le guardan viva memoria, eternamente agradecidos a su admirable magisterio lleno de honda sabiduría y ejemplar talante, pero creemos sinceramente que sus méritos indiscutibles en el cuádruple campo de la cultura filosófica, la enseñanza universitaria, los servicios a la Patria y a la Hispanidad, no han sido suficientemente valorados ni reconocidos. Cuando pensamos en los raros motivos de este silenciamiento, encontramos dos, al menos, que triste y paradójicamente pueden haber contribuido, en los últimos tiempos, a desdibujar un tanto su limpia imagen: la sonada conversión que le permitió regresar a la antigua fe perdida y su tardía profesión sacerdotal.

Parece como si las recientes generaciones intelectuales minusvaloraran —o en todo caso propendieran a ello— su honesta figura consagrada a la cátedra, y consagrada, sobre todo, a vivir plenamente su fé recuperada, hasta hacerla culminar en el ejercicio del sacerdocio. Hemos

dicho que se trata de un hecho paradójico denunciado por Sánchez de Muniain a propósito de don Marcelino Menéndez y Pelayo: no obstante su gigantesca talla como genial crítico de la literatura española (2) ha caído entre nosotros en un inexplicable e injustificado olvido. ¡Triste sino español, el de muchos pensadores, profesores y escritores católicos a quienes sus propios compatriotas regatean méritos, gratitud y homenaje!

Con estas modestas líneas quisiéramos rendir al Profesor García Morente, ilustre hijo de la provincia de Jaén, un conmovido tributo. No vamos a estudiar su faceta filosófica, historiográfica o humanista, sino la dimensión religiosa de su breve existencia como creyente, y esto desde un determinado ángulo. Estamos convencidos de que su luminosa figura no se apagará —aunque padezca transitorios eclipses, según el caprichoso vaivén de los movimientos culturales—, y de que el magisterio universitario del antiguo Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, nimbado con múltiples aureolas de ciencia, elocuencia, pedagogía, investigación y ejemplaridad, quedará como un hito glorioso digno de ser admirado, alabado e imitado en los anales de la auténtica ciencia española.

A raíz de su muerte, ocurrida el 7 de diciembre de 1942, se publicaron varios artículos necrológicos para exaltar su memoria y valorar su obra científica. El Profesor García Morente había sido un escritor fecundo (3) que procuró aprovechar al maximum el tiempo de que disponía, y cuyo legado escrito es ciertamente voluminoso, si tenemos en cuenta los azares de su vida y su prematura muerte. Pero los artículos conmemorativos de su persona y obra fueron sobre todo, breves trabajos de carácter circunstancial que no llegaron a ofrecernos el cabal inventario de su aportación al campo de la cultura filosófica y pedagógica. En cuanto al hecho ruidoso de su conversión y posterior trayectoria espiritual, se escribió mucho y no siempre con la debida precisión o comedimiento. De aquí la expresión de quien le trató íntimamente en el plano religioso durante su período claustral en el Monasterio de Poyo: «*Ya se ha escrito bastante sobre García Morente; quizá de más. Pero como el "Caso Morente" es un misterio escondido, en esos escritos no encuentra el lector lo que busca...*» (4). Sin duda que hubo excesiva superficialidad y afán sensacionalista en presentar la semblanza de un excepcional convertido, sin calar en el secreto interior de su vida radicalmente transformada. Por otra parte se desconocía el «Hecho extraordinario» reserva-

damente custodiado, y más tarde dado a la luz. A esta ligereza de índole ensayística, alude sin duda el culto mercedario anteriormente citado. Sin embargo hoy poseemos una bibliografía seria y suficiente que nos facilita la mejor comprensión del Profesor García Morente (5).

Nuestro estudio monográfico lleva como título «El Proceso conversional del Profesor García Morente» y expresa inequívocamente el contenido y los límites del mismo. Nos hemos acercado al ilustre catedrático para explorar el ritmo prodigiosamente dinámico de su fe rutilante, para descubrir atónitos cómo actúa la gracia divina sobre su alma receptivamente delicada, sobrenaturalmente regenerada. Hay que sumergirse de lleno en su rica interioridad ávida siempre de ascensiones superadoras, si deseamos comprender la clave sencilla de su personalidad religiosa. El «Morente filósofo» de los últimos años hay que examinarlo a través del «Morente creyente». He aquí un párrafo expresivamente testimonial que revela con fuerza autobiográfica la desazón vital, el profundo malestar psicológico del corazón descreído: *Cuando la fe religiosa abandona a un alma, deja en el fondo de ella, por decirlo así, un vacío que con nada se llena. El alma sin religión pierde su unidad; no sabe qué hacer, qué querer, qué desear; y sus resoluciones privadas de esa coherencia unitaria que sólo el fundamento sobrenatural confiere, son contradictorias, disidentes, caprichosas y subversivas* (6).

Resulta evidente cómo el Profesor de la Central manifiesta en estas escuetas y precisas palabras la trágica experiencia de su vida, privada de la fe teologal durante cerca de cuatro decenios. Ellas constituyen un denso resumen del tremendo vacío interior que atormentó a Morente hasta su dulce encuentro con Cristo. ¿Cuál ha sido nuestro objetivo al preparar el presente estudio? Nos ha interesado sobre todo la trayectoria espiritual, el aspecto religioso, la vertiente sobrenatural de su hermosa aventura interior. Nosotros buscamos principalmente su itinerario hacia Dios conseguido con fidelísima generosidad a los continuos llamamientos divinos. Pero ¿qué alcance tiene en nuestro caso la frase «Proceso conversional»? La hemos elegido porque recoge adecuadamente nuestro indagador intento en torno a la andadura religiosa de Morente, y el variado ritmo de su acercamiento a la fe bautismal. Efectivamente, anhelamos comprobar especialmente, a través de sus Escritos estrictamente espirituales, las diversas singladuras de su cruceo hacia Dios, las distintas etapas de su peregrinación. A medida que el antiguo Decano

va madurando el largo y revolucionario proceso de su conversión va descubriendo también una nueva luz, un nuevo mundo y una forma nueva de existir, es decir, una vida verdaderamente religiosa, en el sentido pleno de este término. ¿Cuál es la esencia y sentido de la *Religión* vivida por García Morente? A través de sus Apuntes de Ejercicios vemos cómo capta la trascendente actitud del alma «religiosa» caracterizada por una habitual disposición de la voluntad a tributar a Dios el culto que se le debe por razón de su grandeza suprema (7). Religión viene de la voz latina «religio» que a su vez describe el acto religioso y que, etimológicamente no tiene clara su raíz, ya que suele derivarse de tres verbos latinos *relegere*, *religari* y *reeligere* (8). Esta triple posibilidad de derivación no debe causarnos desánimo o perplejidades, ya que se trata de significados recíprocamente complementarios. Leyendo a Morente, tenemos la viva impresión de que es un alma finamente analítica y «religiosamente» introspectiva, que se vuelve constantemente hacia sí, para leer lo que Dios le dicta en su conciencia y conseguir «ligarse» más a El, mediante la constante conversión o «metanoia» (9). El alma convertida experimenta la gozosa *reelección* de un Dios Padre a quien sirve, obedece y ama. En cualquier pasaje morentiano podemos comprobar lo que significa para él una actitud genuinamente religiosa, insinuada humanísticamente por el conocido texto ciceroniano (10), pero enriquecida filosóficamente por la pluma genial de San Agustín cuando escribe: *Tú hiciste al hombre a tu imagen y semejanza, cosa que reconoce en sí mismo quien a sí mismo se conoce* (11).

Hemos distinguido cuatro etapas en el itinerario espiritual de Morente. Nos parece que están perfectamente delimitadas no sólo por razones cronológicas, sino especialmente por claros y significativos matices de índole conversional, o sea, por la resuelta orientación interior que va polarizando todo su mundo psíquico, profesional, social y humano. Es necesario arrancar del hecho básico y central de la «conversión» para eslabonar todas sus experiencias religiosas traducidas en una trayectoria rectilínea, sin altibajos ni vaivenes. El proceso conversional es el gozne unitario en torno al cual gira todo nuestro estudio. Sin someter a un escrupuloso análisis el «Hecho extraordinario» no es posible inventariar su aventura a lo divino. Las largas reflexiones durante su estancia en Argentina, el silencioso período de San Juan de Poyo, los cursos intensos en el Seminario de Madrid y el breve tiempo de su minis-

terio sacerdotal, son fases ciertamente importantes, fecundas y enriquecedoras pero deben ser examinadas por el prisma de su «metanoía» parisina.

Quisiéramos añadir a lo dicho dos acotaciones. *Primera*: nos referimos siempre al proceso conversional del Profesor García Morente sin aludir a otras vertientes por muy valiosas y respetables que sean. Nos interesa únicamente, o por lo menos principalmente, la dimensión religiosa del egregio catedrático: su proyección, evolución y desarrollo. *Segunda*: no pretendemos ser exhaustivos en el planteamiento del tema, ambiciosamente sugeridor. Un acabado estudio analítico del *Hecho* o del *Diario de Ejercicios* practicados en septiembre de 1940 que precedieron a la recepción de las Sagradas Ordenes, supondría un voluminoso tratado, y no en cambio un trabajo monográfico. Sea éste en cualquier caso, preludeo y anticipo de aquél, acariciado como un proyecto que pensamos realizar más adelante.

Nuestro propósito es hacer un comentario teológico y ascético de los textos morentianos más fundamentales en ambos documentos escritos. Completaremos esta visión con algunas citas del Epistolario (12). Digamos finalmente para concluir este Preámbulo que la semblanza religiosa de nuestro eximio comprovinciano giennense tiene el poderoso atractivo testimonial de un hombre que ha coronado sobrenaturalmente su obra, entregándose sin reserva a la acción santificadora de la gracia divina. Su sentida muerte fue temprana e inesperada. Al expresar su conmovido pésame a raíz del llorado fallecimiento, el señor Obispo de Madrid formuló al mismo tiempo un incomparable elogio: *tengo la satisfacción de decir que su alma se hallaba en un grado máximo de fervor, y sin duda Dios la encontró ya madura para el cielo* (13).

No podía haber panegírico más completo en tan enjundiosas palabras. El Profesor García Morente había finalizado su combate en el estadio, había concluido felizmente su carrera (14).

II. ETAPA ILUMINADORA

Es la etapa fundamental religiosa en la vida de Morente que comprende exactamente diez meses: desde la noche del 29 al 30 de abril de 1937 hasta el 28 de junio de 1938. Su mejor manera de estudiarla es

acudiendo al Documento autógrafa en que nos narra el llamado, por él, «Hecho extraordinario» (15). Los textos autobiográficos poseen fuerza desbordante y ninguna glosa o comentario puede suplir su contenido cuando describe el interno proceso conversional que está protagonizando su alma al acercarse a Jesucristo por la fe recuperada. Este documento único, confiado a su director espiritual en septiembre de 1940 (16), es el genuino eje de su personalidad de convertido, y la verdadera clave para descifrar las grandes coordenadas de su sincera religiosidad. Hemos llamado *iluminadora*, a esta primera etapa porque la conversión se nos presenta en forma de torrente de luz como el hecho central de su vida: Dios le esperaba en una difícil encrucijada para iluminar su corazón terriblemente oscurecido hasta entonces. Para quien lee atentamente el *Hecho extraordinario* se hace patente la presencia irresistible de la gracia, vencedora en la tremenda y desgarradora lucha interior en que el alma de Morente se debate (17).

Creemos que antes de enfrentarnos con los propios textos autobiográficos sometiéndolos a un análisis teológico-ascético, interesa conocer el diagnóstico global de su conversión dado por quien recogió sus primeros estremecidos balbuceos de converso, admitiéndole al regazo materno de la Iglesia:

«¡Cómo luce la misericordia divina en esta conversión! La prepara acibarándole cuanto lo distrae y aparta de Dios; primero, sus ideas: le abre los ojos para que, en los horrores que padecía la España roja, vea el abismo en que la irreligiosidad hunde a los pueblos; luego sus éxitos, que lo traían tan pagado de sí mismo. Después lo cerca, estrecha y aprieta dolorosamente con las más adversas circunstancias; él que siempre desde jovenzuelo, había triunfado, ve desbaratados sus designios, deshechos sus planes, aplastados sus proyectos, y se siente constreñido a reconocer una Providencia que rige los destinos de los hombres, y cuando al borde de la desesperación, afloran a su mente pensamientos blasfemos contra la bondad de esa Providencia divina, Dios se le mete alma adentro y penetra ¡oh divina delicadeza!, por la puerta más grata para aquel alma equilibrada y armoniosa: por la música. Oye por radio un trozo de L'Enfance de Jesús, de Ber-

lizo, y con aquellas melodías exquisitas, suaves, ingenuas, su espíritu se llena de ternura y de paz. Cierra la radio, pero Jesús ya está dentro de él, acariciándole el alma (18).

Sería lícito decir que como tantos otros alejados tuvo siempre una secreta nostalgia de Cristo por mucha que sea la obcecación y pertinacia de que él se acusa. Revisando en efecto su vida de alejamiento en la fe, palpamos tenues señales que insinúan como en el hondón de su alma discurría algún hilillo salvador de agua soterrada, probablemente proveniente del carácter bautismal. Veamos algunas muestras antes de pasar a los testimonios directamente conversionales. Se trata de cinco narraciones anecdóticas que insinúan su honrada rectitud natural y el respeto hondo al mundo sobrenatural. He aquí como enjuicia la vida pasada cuando siente que se le ataca con el arma de la sospecha hiriente: *Yo he cometido en mi vida muchos errores y muchísimos pecados; pero por más que busco e inquiero en mi pasado, no encuentro en él sombra de intención dañina o malévola para con nadie; no recuerdo jamás haber hecho daño, a sabiendas, a nadie (19).*

Este párrafo revela con enorme transparencia su trayectoria social limpia, ya que fija claramente una conducta llena de respetuosa humanidad, y bondadoso quehacer. Morente actúa honestamente en su gestión social y profesional y eso resalta su gran personalidad docente. Pero hay en su vida un episodio intensamente conmovedor que no puede entenderse sin suponer algún rescoldo de su fe primera. Poco antes de morir su predilecta hermana Guadalupe que está bastante preocupada por el hermano descarriado, mantiene con él una emotiva conversación:

«Mi hermana pocas horas antes de morir, me llamó a su lado, y a solas, y en términos de profunda exaltación, me habló con la ternura de una madre, y me hizo prometer que si algún día, la gracia de Dios Nuestro Señor venía a visitarme, no le haría resistencia. Yo se lo prometí, en efecto, y desde ese día quedé impresionado y preocupado... Literalmente veo el cuartito del sanatorio, la cama blanca, a Guadalupe pálida y casi toda blanca, como la cama» (20).

Morente se reconocía convertido por el fruto sobrenatural de muchas oraciones y sacrificios ofrecidos por su retorno a la fe, no sólo

por su ejemplar hermana, sino también por su abnegada esposa, y por muchas religiosas que jamás le olvidaron: *Me he enterado de que unas cuantas religiosas de la Asunción llevaban ya pidiendo al Señor por mí, sin faltar un día, más de veinticinco años* (21). Morente no llegó a perder la fe del todo, por más que sus derroteros filosóficos kantianos, y la absoluta carencia de prácticas religiosas lo quisieran desmentir. Valga para confirmarlo esta conferencia de su hija mayor María Josefa, cuando describe las periódicas visitas al cementerio en compañía de su padre, para rezar ante la tumba materna:

«Tenía yo nueve años. Desde entonces y durante largo tiempo mi padre visitaba semanalmente la tumba de mi madre en el cementerio y yo le acompañaba. Ibamos los domingos por la mañana... Al llegar, yo me arrodillaba para rezar; él quedaba en pie descubierto y absorto. Cuando muchas veces mis distracciones de niña desviaban mi atención a uno y a otro lado, él me decía suavemente: Anda reza, reza» (22).

El testimonio no puede ser más elocuente. Un hombre con su fe a la deriva, que se recoge ante una tumba y exhorta a rezar a su hija pequeña. ¿Acaso no rezaba también a su manera sumido en el frío sustrato de sus divagaciones filosóficas? Hay todavía otro dato que nos manifiesta cómo por los entresijos de su corazón descreído se filtraban en él algunos rayitos de esperanza teologal. Está refiriendo la muerte de su yerno, cuya lozana vida fue segada por la guadaña criminal del comunismo ateo, y se expresa así:

«Su muerte produjo en mi alma una impresión profundísima. Fue tal que al conocer la noticia caí desvanecido al suelo... Dime a pensar que si Dios asumía en su seno a un espíritu tan selecto, era como un medio glorioso para asegurar la bienaventuranza de él, y a la vez dirigir una advertencia grave a los que con él convivíamos (23).

Indudablemente fue esta prueba el golpe grande que pone en marcha el misterioso mecanismo de su conversión. La mano amorosamente providencial de Dios le va señalando el espinoso camino de la vuelta a El, a través de trágicos acontecimientos que desconciertan su edificio intelectual y filosófico. Cuanto más se esfuerza por dar firmeza gra-

nítica a su estructuralismo neokantiano, más se conmueven y crujen todos los puntales de su vacilante ideología metafísica. Morente intuye que su trayectoria interior es insegura. A raíz del asesinato de su yerno y en plena guerra civil constata horripilado que hay una conjuración para darle muerte. Alguien le avisa de manera confidencial que se ponga a salvo, escapándose de su casa cuanto antes. Los registros eran continuos, y cada día caen fusilados, por las bordas marxistas, incontables personas inocentes. He aquí sus dramáticas palabras:

«Con el corazón encogido contábamos los escalones que subían los asesinos y cuando habían pasado nuestro piso, lanzábamos un suspiro de satisfacción. ¡La muerte iba a otra casa! Mis hijas, mi cuñada, mi tía, la antigua sirvienta que tenemos desde hace veintiseis años, reuníanse en un rincón de la casa, y se estaban horas y horas rezando. Yo entonces no podía y acaso no sabía rezar. Pero no sé que ímpetu interior me empujaba a aprobar y agradecer aquella tierna y sumisa fe de las buenas mujeres» (24).

Aparece aquí un profundo respeto ante la plegaria y una secreta complacencia ante una práctica piadosa que yace olvidada por el desuso. Estas cinco anécdotas que hemos reseñado, nos persuaden de que en el corazón del prestigioso profesor universitario latía el rescoldo de una fe abandonada, próxima a resucitar mediante el contacto milagroso de la gracia. ¿Cómo vivió los últimos años previos a su conversión? Nos lo dice su hija mayor: en el hervor del trabajo, en la actividad fructífera, en el bienestar y el triunfo vivió los últimos siete años sin espacio ni gusto para las llamadas interiores. ¿Cómo se contemplaba a sí mismo cuando repasaba el curso de su vida? Veamos el clarividente diagnóstico que nos ofrece: *«Veía lo infundada que era la especie de satisfacción modorrosa en que sobre mí mismo había estado viviendo; percibía dolorosamente la incurable inquietud e inestabilidad espiritual en que de día en día había ido creciendo mi desasosiego» (25).*

En esta experiencia personal de vacío interior, a pesar de refugiarse obstinadamente en la idea cósmica del determinismo universal, pone cerco a su espíritu angustiado que no halla lenitivo en lo que él llama con aguda precisión psicológica «especie de satisfacción modorrosa». Comienza aquí la gran aventura hacia Dios, la audaz escalada del con-

verso que no detiene la marcha ante nada ni ante nadie. Revisando con reposada atención el *Hecho extraordinario* y la *Carta al Dr. Eijo* que juntamente con el *Diario de Ejercicios* constituyen el trinomio documental más interesante para estudiar la interioridad y la espiritualidad morentiana, encontramos las principales singladuras de su travesía conversional, es decir los principales rasgos característicos que sellan su retorno a la fe. A nuestro juicio podrían señalarse las siguientes:

1.^a *Idea creciente y unificante de una Providencia que todo lo dirige.* Nos parece que es este el elemento intelectual-volitivo que más destaca Morente en el proceso de su conversión, maravillosamente contado por su pluma sobria y exacta. Oigamos sus propias confidencias:

«Yo me quedé pasmado. El conjunto de lo que me estaba sucediendo, tenía caracteres verdaderamente extraños e incomprensibles. Alrededor de mí, o mejor dicho, sobre mí, se iba tejiendo sin la mínima intervención de mi parte, toda una vida... yo permanecía pasivo por completo e ignorante de todo lo que me sucedía. Dijérase que algún poder incógnito, dueño absoluto del acontecer humano arreglaba sin mí todo lo mío... Tuve profunda y punzante la sensación de ser una miserable briznilla de paja empujada por un huracán omnipotente. Por tercera vez la idea de Providencia se clavó en mi mente... ¿Qué está haciendo de mí —pensaba— Dios, la Providencia, la Naturaleza, el Cosmos, lo que sea...? Lo más característico acaso de ese estado era la sensación de «absoluta impotencia», de total pasividad, de no intervención en los engranajes de mi propia vida, y frente a ella se erguía rabiosa la voluntad soberbia que no podía admitir el verse así anulada y reducida a la impotencia absoluta. Ese desgarró interior, esa escisión entre la voluntad impotente, pero llena de querer y voliciones efectivas, y frente a ella el curso implacable, pero incógnito de los hechos; ese abismo entre un yo que quiere ser y una realidad que es lo que es, independientemente del yo volente, eso es lo que me torturaba hasta lo indecible» (26).

Esta descripción autobiográfica de algo tan misteriosamente complejo y trascendente como es la conversión religiosa tiene acentos ver-

daderamente agustinianos. Morente invierte en su lucha contra una concepción filosófica construida sobre una ciega confianza en la regularidad de los engranajes naturales humanos» su preferido método dialéctico, y se abisma sobre las objeciones providencialistas que se oponen al férreo determinismo, naturalmente causal. Es un combate duro mantenido en la palestra lúcida de su mente poderosamente especulativa habituada a todas las lides filosóficas. Esto ocurre el 28 de abril de 1937 en el solitario retiro de su residencia parisina. Fue una formidable batalla dialéctica en la que la gracia divina actuaba como protagonista invisible de resultado seguro:

Baste decir que, al llegar la noche, había sufrido una pequeña crisis en mi dispositivo intelectual. Por una parte la idea de una Providencia divina que hace nuestra vida, y nos la da y atribuye, estaba ya profundamente grabada en mi espíritu. Por otra parte no podía concebir esa Providencia sino como supremamente inteligente, supremamente activa, fuente de vida, de mi vida y de toda vida, es decir de todo complejo o sistema de hechos plenos de sentido. Llegado a esta conclusión, experimenté un gran consuelo... El hecho era que me sentía más tranquilo, más sereno y más reposado» (27).

Este conmovedor testimonio confirma que Morente se aproxima a Dios por medio de un análisis, hondo y minucioso, de todos los hechos y acontecimientos que le circundan, asedian y trascienden. Por primera vez se encuentra, cara a cara, intelectualmente hablando, con la idea firme, absorbente y unificante de un Dios Providente. Los episodios que más le afectan en su vida quedan dilucidados, coordinados, polarizados en torno a un ser omnipotente ante quien Morente comienza a rendir sus armas, bajando al fin la cabeza. Estamos en el momento crucial de su conversión. Hay todavía un abismo que únicamente salvará la gracia iluminadora y motriz: «Poco a poco me fui afianzando en la idea providencialista y llegué a formulármela de modo claro y explícito. Pero todavía mi pensamiento y mi imaginación caminaban por vías puramente abstractas y metafísicas. Pensaba en Dios; pero siempre en el Dios del deísmo, en el Dios de la pura filosofía, en ese Dios intelectual en el que se piensa, pero al que no se reza» (28). Esta última frase indica, con preciosa sutileza la distancia infinita que media de un Dios contemplado

lejanamente en el campo frío de la razón a un Dios adorado de rodillas, con la plegaria encendida en los labios, y el corazón rendido por la fe. Morente está repitiendo un profundo —y valioso— pensamiento pascaliano.

2.^a *Presencia iluminadora y salvadora de Jesucristo.* Estamos en el cenit del gran salto morentiano. No es posible leer su inefable experiencia religiosa, sin sentir el aleteo de lo divino, la vibración del Espíritu. Todo el interno proceso conversional está transido de dulce e intenso cristocentrismo. Es curioso saber que cuando escribe al Dr. Eijo Garay, y alude a los días maravillosos de su gran milagro parisino, se exprese así: *Mis pensamientos se orientaban cada día más, y con más insistencia hacia la única luz de salvación que alumbra en la vida del hombre: la santísima figura de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo Dios quiso sufrir y padecer por el hombre en prenda de amor infinito* (29). Esta polarización unificadora de vida e ideales en torno a la persona de Jesucristo tiene su raíz y clave en la singular experiencia vivida en París. No será fácil hallar en la literatura cristiana un texto semejante al que redacta García Morente recordando fielmente aquella hora decisiva de su «encuentro» con el Señor. Hombre de extraordinaria sensibilidad artística y musical se embelesa oyendo radiar música selecta. Acaba de escuchar el final de una sinfonía de César Frank; luego al piano, *Pavane pour une infante defunte*, de Ravel, y a continuación en orquesta, un trozo de Berlioz intitulado *L'enfance de Jesús*. La voz dulce y suave del tenor se le clava en el alma. Es precisamente en estos instantes, de plácida quietud y delicada nostalgia de vivencias pretéritas, cuando Jesucristo se interpone en su camino, como a un nuevo Saulo. Oigamos la narración admirable donde surge la imagen regenerada del neoconverso. A través de su pluma se nos revela ya un hombre nuevo «tocado» por la gracia acariciante del Señor:

«Cuando terminó, cerré la radio para no turbar el estado de deliciosa paz en que esa música me había sumergido. Y por mi mente empezaron a desfilar —sin que yo pudiera oponerles resistencia— imágenes de la niñez de Nuestro Señor Jesucristo. Vile en la imaginación, caminando de la mano de la Santísima Virgen, o sentado en un banquillo, y mirando con grandes ojos atónitos a San José y a María. Seguí

representándome otros períodos de la vida del Señor: el perdón que concede a la mujer adúltera, la Magdalena lavando y secando con sus cabellos los pies del Salvador, Jesús atado a la columna, el Cirineo ayudando al Señor a llevar la Cruz, las santas mujeres al pie de la Cruz. Y así poco a poco, fue-se agrandando en mi alma la visión de Cristo, de Cristo hombre, clavado en la Cruz en una eminencia dominando un paisaje de inmensidad, una infinita llanura pululante de hombres, mujeres, niños sobre los cuales se extendían los brazos de Nuestro Señor Crucificado. Y los brazos de Cristo crecían, crecían y parecían abrazar a toda aquella humanidad doliente y cubrirla con la inmensidad de su amor; y la Cruz subía, subía hasta el cielo, y llenaba el ámbito todo y tras de ella también subían muchos, muchos hombres y mujeres y niños; subían todos, ninguno se quedaba atrás; sólo yo clavado en el suelo, veía desaparecer en lo alto a Cristo, rodeado por el enjambre inacabable de los que subían con El; sólo yo me veía a mí mismo, en aquel paisaje ya desierto, arrodillado y con los ojos puestos en lo alto y viendo desvanecerse los últimos resplandores de aquella gloria infinita, que se alejaba de mí» (30).

Esta visión tiene caracteres dantescos por la grandiosidad de la escena que hubiera valido para inspirar a Salvador Dalí su famoso Crucificado elevado sobre el mundo. Morente traduce vitalmente sin pretenderlo, la reconciliadora profecía del Salvador: cuando yo fuera levantado en la tierra, atraeré a todos hacia mí (31). También él «ve» levantado a Jesucristo manso y humilde, paciente y compasivo, humano y divino. Está sobre todos los hombres e invita a todos ellos a sacar gozosamente aguas saludables de las fuentes del Salvador (32). Morente se deja abrazar por Cristo Crucificado. Humildemente considera esta «especie de visión» como producto de la fantasía excitada por la dulce y penetrante música de Berlioz, pero añade a continuación que tuvo un singular efecto sobre su alma (33). Es consciente de que ha encontrado a Dios en Jesucristo. Todos los caminos salvadores y todas las misericordias del Padre pasan por el Hijo hecho hombre. La fe sobrenatural no es la consecuencia árida de un razonamiento filosófico, o la conclusión necesaria de un silogismo. Es sobre todo un don del Padre en Cristo Mediador:

«Yo había querido entregarme a esa Providencia, que hace y deshace la vida de los hombres. ¿Y qué me había sucedido? Pues que la distancia entre mi pobre humanidad, y ese Dios teórico de la filosofía, me había resultado infranqueable. Demasiado lejos, demasiado ajeno, demasiado abstracto, demasiado geométrico e inhumano. Pero Cristo, pero Dios hecho hombre, Cristo sufriendo como yo, más que yo, muchísimo más que yo, a ese sí que lo entiendo, y ése sí que me entiende. A ese sí que puedo entregarle filialmente mi voluntad entera, tras de la vida. A ése sí que puedo pedirle, porque sé de cierto que sabe lo que es pedir y sé de cierto que da y dará siempre, puesto que se ha dado entero a nosotros los hombres. ¡A rezar! ¡A rezar! Y puesto de rodillas empecé a balbucir el Padrenuestro... Permanecí de rodillas un gran rato, ofreciéndome mentalmente a Nuestro Señor Jesucristo con las palabras que se me ocurrían buenamente... Una inmensa paz se había adueñado de mi alma. Es verdaderamente extraordinario e incomprensible como una transformación tan profunda pueda verificarse en tan poco tiempo» (34).

He aquí el momento culminante de su conversión inicial que será complementada por lo que él califica de «percepción sin sensaciones», refiriéndose a una presencia sobrenatural de Jesucristo. Morente no se cansa de estar de rodillas, ni de rezar fervorosamente la oración dominical evocada trabajosamente: *Y postrado de rodillas, perdida la mirada en el lejano horizonte del caserío de París, recité con íntimo fervor una vez más el Padrenuestro entregando libremente toda mi voluntad en las manos llagadas de Nuestro Señor Jesucristo* (35).

Morente no sabe apartar de su mirada interior la Imagen de Jesucristo cuya presencia impalpable ha experimentado. En esto no tiene la menor duda, y lo recordará siempre —aunque jamás hable de ello— con gozosa gratitud: *volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba El. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba, pero El estaba allí... Yo permanecía inmóvil, agarrotado por la emoción. Y le percibía; percibía su presencia con la misma claridad con que percibo el papel en que estoy escribiendo y las letras —negro sobre blanco— que estoy trazando. Pero no tenía ninguna sensación ni en la*

vista ni en el oído, ni en el tacto, ni en el olfato, ni en el gusto. Sin embargo le percibía allí presente con entera claridad. Y no podía caberme la menor duda de que era El, puesto que le percibía, aunque sin sensaciones. ¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé, pero sé que El estaba allí presente, y que yo sin ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar nada, le percibía con absoluta e indubitable evidencia (36).

Morente no supo nunca qué juicio mereció a su director espiritual, desde el punto de vista de la Teología mística, el Hecho que él narra como indisolublemente unido a su conversión. Murió sin conocer su dictamen. Quizá una exquisita prudencia aconsejó al virtuoso sacerdote guardar silencio. Sin embargo tenemos una prueba indirecta de su autenticidad y sobrenaturalidad: haber facilitado su difusión y publicación después del fallecimiento de Morente. Creemos que hoy —salvo semper meliori iudicio— puede emitirse un dictamen positivo en torno al carácter sobrenatural de esta *percepción sin sensaciones*, de Jesucristo, es decir una percepción puramente espiritual (37) de Cristo. No intentamos hacer un examen exhaustivo del fenómeno místico, porque ello requeriría excesiva amplitud, pero séanos permitido hacer algunas precisiones a la luz de la Teología mística. Morente habla de «una inmensa paz», «una paz extraordinaria», afirmando que él se veía así mismo «hecho otro hombre». Se encontró «distinto, muy distinto, aunque bien veía que era él mismo». Se refiere a «una sana alegría» y cuando expone la percepción puramente espiritual de Jesucristo tiene la absoluta e indubitable evidencia de que era el Señor, y cuantas veces como en su memoria, después de ocurrido el Hecho se actualice el recuerdo «resurgirá en mí —nos dice— la convicción inquebrantable de que era El, porque lo he percibido. Es absolutamente cierto que yo he experimentado todo eso que he descrito» (38). Al examinar los caracteres del Hecho, desconfía humildemente de que sea verdaderamente sobrenatural: *Nadie mejor que yo —a no ser Nuestro Señor mismo, que todo lo sabe— sabe lo pecador, lo radicalmente perverso que soy en mi fondo natural. Toda la lira, toda la escala de los más abyectos pecados había sido recorrida por mi alma... ¿Y a semejante tipo, iba Dios Nuestro Señor a presentarme para derramar sobre él mercedes extraordinarias? No, no lo puedo creer. Pero tampoco se atreve a atribuir el Hecho a influencia diabólica porque los efectos son netamente buenos, y de eficacia permanentemente virtuosa: «No se concibe que sea diabólico un hecho que produce las consecuencias*

que el *Hecho* produjo en mi alma: una resolución inquebrantable, mantenida sin desmayo hasta hoy... de dedicarme incluso por estado y ministerio al servicio de Dios» (39). Además de tales frutos, Morente añade que el recuerdo del *Hecho* ha constituido para él «un consuelo extraordinariamente eficaz» sirviéndole de escudo, y ayudándole «a triunfar en todas las dificultades y adversidades» (40).

Hasta aquí los datos textualmente recogidos que contrastados con la doctrina de la Teología Mística, permiten las siguientes afirmaciones:

a) *El Hecho* reseñado por Morente en cuanto a la percepción espiritual de que habla es un fenómeno místico de orden cognoscitivo llamado técnicamente *visión intelectual* según la terminología de San Agustín aceptada con absoluta unanimidad por los Padres y Teólogos (41), y consiste en un conocimiento sobrenatural que se produce sin impresión o imagen sensible, cuyo objeto está por encima de las fuerzas naturales del entendimiento, y cuya duración puede perseverar largo tiempo (42).

b) Atendiendo a los efectos narrados por Morente, y la plena certidumbre con que se expresa a propósito de la percepción espiritual, ésta coincide adecuadamente con las características exigidas por la Teología Mística y por tanto ofrece garantías suficientes de auténtico origen sobrenatural (43). Santa Teresa se expresa así: «Una noticia tan clara, que no parece se pueda dudar...; queda gran certidumbre, que no tome fuerza la duda» (44). Esta doctrina abona la autenticidad de la percepción o visión intelectual de Morente.

c) Se trata de una verdadera gracia «gratis data» que Dios, en su infinita providencia, quiso vincular a su conversión interior causándole un bien inmenso en su alma recién iluminada por la gracia. Si en la práctica, no hay más que una norma cierta y eficaz de discernimiento que es la señalada por Cristo —«por sus frutos los conoceréis»— (45), es obvio que aplicado este criterio evangélico al fenómeno vivido por el Profesor Morente, el resultado está a favor de su autenticidad y sobrenaturalidad, ya que el *Hecho* nos habla del amor, de la paz, de la humildad, de la energía redoblada con que se entrega al servicio de Jesucristo y a la práctica de las virtudes.

Sean suficientes estas tres observaciones para apreciar en todo su valor como se merece, un *Hecho* verdaderamente extraordinario. Prescindiendo de su carácter supuestamente místico, nadie tiene derecho a

dudar de que encierra al menos una genuina presencia iluminante y salvífica de Jesucristo, en un alma que se le acerca definitivamente para no separarse jamás de El. Hemos querido destacar este factor constitutivo de la sincera transformación religiosa de Morente para hacer ver que no puede desunirse, desde una vertiente autobiográfica, de su interno proceso conversional. El examen teológico-místico del fenómeno «percepción sin sensaciones» arroja un resultado favorable. Por lo demás, no suele registrarse normalmente en la historia de las conversiones: Dios tiene modos infinitos de atraer a las almas, y nadie puede imponerle ninguna fórmula. La que ofreció a Morente fue ciertamente excepcional, y rompe nuestros pobres esquemas.

3.^a *Recuperación de la fe y vida nueva al servicio de la Iglesia.* Este factor, singladura o experiencia, aparece de manera indubitable como parte integrante del proceso conversional morentiano. Con diferentes expresiones formalmente equivalentes, declara que a raíz del *Hecho*, él se reconocía un hombre totalmente recuperado, íntimamente transformado, interiormente distinto. El dato es inequívoco: *Me puse a pensar lenta y reposadamente sobre mi nueva condición y el modo de vida que debía adoptar* (46). De su acercamiento al Señor dimana por un lado su improvisado programa ascético: «¡Querer libremente lo que Dios quiera! He aquí el ápice supremo de la condición humana: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Morente es plenamente sabedor de su propia y radical mutación, y se maravilla de la asombrosa rapidez con que actúa la gracia en su corazón, hasta hace poco, en densas tinieblas: *Es verdaderamente extraordinario e incomprensible cómo una transformación tan profunda pueda verificarse en tan poco tiempo. ¿O es qué la transformación se va verificando en la subconciencia desde mucho antes de darse uno cuenta de ella?* (47). Esta impresionante confianza manifiesta de qué forma ha recuperado y potenciado su primitiva fe eclipsada y perdida casi desde la infancia. Nos hace ver al propio tiempo que él siente discurrir por los cauces regenerados de su espíritu, el torrente salvador de una vida nueva adquirida en su encuentro con Cristo, lleno de contrición, de gratitud y de entrega.

Conviene sin embargo no errar en cuanto a una valoración apresurada de la frase de Morente, en la que se atribuye a sí mismo «una transformación tan profunda». Así es, en efecto, pero la fe recuperada y el encuentro gozoso con Cristo exigen estadios intermedios de prepa-

ración: se trata de un lento y fatigoso proceso en el que Dios tiene la mayor parte, pero exige también la libre cooperación humana. Por ello no puede extrañar que durante un año (es decir desde el 9 de junio de 1937, en que invita a sus hijas, apenas llegadas a París, a visitar Notre Dame para dar gracias a la Virgen, con motivo del reencuentro familiar, hasta el 11 de junio en que les revela en Bahía todo el proceso de su vuelta a Dios) no asista a ninguna ceremonia de la Iglesia (48). Durante este tiempo, la semilla de la divina gracia, va creciendo como en la parábola evangélica sin que él sepa cómo (49). Pudo pensar largamente y reflexionar despacio durante su estancia argentina, sobre todo al descansar dos meses y medio en Tapí del Valle, un pueblecito de los Valles Calchaquíes, perdido entre soleados e inmensas sábanas de campos verdes (50). Morente amó siempre la soledad y el silencio, porque le servían eficazmente para su duro trabajo intelectual. Y fue precisamente en estas circunstancias cómo el callado proceso conversional iba madurando. Tiene razón Iriarte cuando al examinar con criterio agustiniano la historia de muchas conversiones de hombres que volvieron a Dios, escribe: «Mirando de cerca, en toda vuelta a Dios, la historia descubre de ley ordinaria dos conversiones, y entre ambas, muchos asaltos de la gracia, muchas felices derrotas del alma; y antes del rendimiento a discreción, muchos resultados indecisos, y algo como tregua de días y aun años» (51). Agustín, Newman, Claudel y tantos otros eximios convertidos confirman esta regla según la cual fueron precisos catorce meses exactos —desde el 29 de abril de 1937 hasta el 29 de junio de 1938— para que el proceso conversional de Morente llegara a su culminación al recibir su «Segunda Primera Comunión» (52). Al acoger el toque amoroso de la gracia de Dios, en París, la hermosa noche de su milagro interior, conoce muy bien que resta mucho camino por recorrer, pero se siente alentado por la ayuda misericordiosa de Cristo cuya dulce presencia saborea: *Ya tendré tiempo de sobra, cuando mi fe sea sólida y robusta, y esté por encima de toda vacilación, para reedificar mi castillo filosófico sobre nuevas bases. Compraré también los Santos Evangelios y una vida de Jesús. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Bondad! ¡Misericordia! Una figura blanca, una sonrisa, un ademán de amor, de perdón, de universal ternura. ¡Jesús!* (53). Este texto prueba suficientemente la delicadeza religiosa y el místico embeleso con que Morente contempla su maravillosa experiencia. La bondad misericordia de Cristo han cautivado por completo el corazón converso del fatigado Profesor.

Hemos afirmado que revisando el Hecho vemos que hay recuperación entusiasmada y agradecida de una fe nueva al servicio de la Iglesia. En efecto, Morente se encuentra consigo mismo, y hace esfuerzos ímprobos para recordar la olvidada plegaria del Padrenuestro. Desea ardientemente conectar con la fe de su infancia, la que mamó en el regazo materno. La relación interpersonal que surge en su encuentro con Dios, le impele a salir de sí para dialogar con El: esta necesidad de rezar y profesar la fe con fórmulas dogmáticas, constituye quizás el eje medular de su profunda experiencia religiosa. He aquí el texto:

«...Lentamente con paciencia fui recordando trozos del Padrenuestro; algunos se me ocurrieron en francés, pero al traducirlos restituí fielmente el texto español. Al cabo de una hora de esfuerzos, logré restablecer íntegro el texto sagrado, y lo escribí en un librito de notas. También pude restablecer el Avemaría. Pero de aquí no pude pasar. El Credo se me resistió por completo, así como la Salve y el Señor mío Jesucristo» (54).

Junto a la recuperación gozosa de una fe que se le ofrece virginalmente limpia, como la recibió de niño a través de su Madre, está el proyecto de su nueva vida, la reestructuración radical de su comportamiento ético y moral. La actitud neoconversa de Morente es sencilla, humilde y sumisa, sin complicaciones ni artilugios: *Me puse a pensar lenta y reposadamente sobre mi nueva condición, y el modo de vida que debía adoptar... Aprenderé las oraciones; me instruiré lo mejor que pueda en las verdades dogmáticas, procurando recibirlas con la inocencia del niño, sin discutir las ni sobrepasarlas por ahora (55)*. Es consciente de que ha de cubrir difíciles etapas en su nueva andadura: su manera de pensar, de sentir, de querer, de actuar y de conducirse a todos los niveles, tenían que ser fundidos y remodelados a la luz de la revelación, al ritmo de la gracia. Durante un año Morente se examina ante Dios y su conciencia, saboreando el don sobrenatural que se le ha concedido. Comprendió siempre que la primera consecuencia del Hecho fue «una gracia que se conservó actual durante más de un año hasta convertirse en gracia santificante...» (56). La recuperación de la fe comporta en la conversión de García Morente un doble sentido: una decisión fundamental que se traduce en un compromiso con el cual abarca la vida en su totalidad, fijándola desde el punto de vista volitivo en su curso. Mas

esto lleva consigo, en segundo lugar, una actitud de respuesta a la llamada de Dios como retorno libre a su amistad y voluntad. Ambos elementos —que se **dan** siempre en todo llamamiento bíblico— integran a nuestro juicio la interpretación teológica de la conversión bosquejada por Morente. Veamos únicamente dos textos: cuando habla de los efectos producidos por el *Hecho*, los cifra en una línea: «Una perseverancia que ha triunfado hasta ahora» (57). Y cuando expone su nueva actitud configuradora de lo que debe ser su futura vida, se expresa así: «Querer libremente lo que Dios quiera». He aquí el ápice supremo de la condición humana que consiste para él en entregar libremente toda su voluntad en las manos llagadas de Nuestro Señor Jesucristo (58). Hagamos finalmente una última consideración. La realización gradual de la conversión se efectúa en Morente mediante momentos esenciales que miran siempre a los Sacramentos de la Iglesia, y al servicio apostólico. Es verdaderamente notable la disposición con que se prepara para confesarse y para recibir la Eucaristía: «Desde hace muchos, muchísimos años tantos que ya ni mi memoria puede contarlos— vivo alejado del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Al escribirlo brotan lágrimas de mis ojos. Y no puedo acercarme a la Sagrada Mesa en el estado actual de mi alma. No soy digno. No puedo, no debo. Necesito primeramente purificar mi alma en el seno de la confesión. ¡Y qué confesión, Dios mío! ¡Toda mi vida, toda, que Dios conoce, porque lo conoce todo, pero que tengo que entregar entera a la benevolencia infinita del sacerdote, representante de Dios» (59).

Dios le ofrece su misericordia para que pueda reconciliarse con El, y aunque siente las tensiones paulinas del hombre viejo, experimenta también su gracia salvadora (60). Esta conversión sacramental —Penitencia y Eucaristía— se orienta desde el principio al servicio de la Iglesia para ayudar ministerialmente a las almas, en la medida de sus fuerzas: «Al día siguiente del Hecho tomé ya la resolución de consagrarme a Dios y abrazar el estado sacerdotal» (61). No encuentra otro medio de agradecer a la Providencia divina la inmensidad de sus favores, «sino el consagrarme entera y totalmente a su servicio y a la obra de mi salvación, ayudando a las otras a conseguir la suya» (62).

Queda patente pues, que el tercer rasgo característico de la conversión morentiana es una recuperación frutiva de la fe, por vía de identificación evocadora, con lo que ya se tuvo, al mismo tiempo que el ansia

incontenible de una vida nueva estrenada en el Sacramento de la Reconciliación y de la Eucaristía que se polariza hacia el sacerdocio ministerial.

4.^a *Vivencia del paradigma conversional agustiniano.* Analizando los Escritos íntimos de Morente, deducimos inmediatamente una consecuencia: hay rasgos típicos que ponen una impronta original a su retorno conversional. Ya hemos aludido anteriormente a varios. Sumariamente serían éstos los principales: cristocentrismo, marianismo, sacerdocio, sufrimiento, afán único y excluyente de perseverar en la fe (63) que configuran como él dice con frase lapidaria «mi nuevo ser de cristiano y de sacerdote» (64).

Quisiéramos abordar ahora una cuestión que nos parece complementaria para el estudio de esta etapa fundamental en el Itinerario interior morentiano. Creemos que es también un rasgo característico ciertamente común a muchos convertidos pero no por eso menos importante. Nos referimos al agustinismo que respira el *Hecho*. Por eso hemos titulado este apartado «vivencia del paradigma conversional agustiniano», ya que puede constatarse un admirable paralelismo entre el retorno de Morente a la fe perdida, y la gran experiencia agustiniana ilustrada con su propia doctrina. Presentemos al menos en líneas esquemáticas las coincidencias entre lo que el Obispo de Hipona describe como pasos o etapas de conversión, y lo que García Morente experimenta en su proceso de acercamiento a la fe cristiana. Se comprueba una vez más que la gracia divina, utilizando diversos caminos, conduce siempre al alma a través de idénticas fases interiores.

Digamos primeramente que las referencias agustinianas tanto en Morente como en sus biógrafos, son varias (65). El P. Iriarte llega a ver en su proceso íntimo conversional el cumplimiento del clásico canon agustiniano: «Y porque todo se ajuste aquí a un canon clásico —el agustiniano— de psicología teológica de la conversión, todavía encontramos un rasgo digno de nota. El resorte decisivo para que efectividad y voluntad de ese hombre se rindan, es la contemplación —como hecho histórico dogmático—, y el reconocimiento de Dios hecho hombre, del Cristo Redentor... Una vez más Cristo se nos muestra lo mismo teológica que psicológicamente, como camino, verdad y vida» (66). ¿En qué sentido hay coincidencia de notas en el esquema agustiniano de conver-

sión y en la experiencia morentiana? Para San Agustín (67), el proceso a seguir es el siguiente:

A) *Origen de la crisis interior del hombre*, que radica en una profunda insatisfacción interior, en un vacío existencial que no se llena con ninguna criatura (68).

B) *Etapas de la crisis espiritual*, representadas especialmente en la tribulación, el desengaño y la desolación, como eficaces peldaños de proceso salvador (69): «Y buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte, ni había de hallarla sino abrazándome con el Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús... el cual clama y dice: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (70).

C) *Vida informe del alma* que se condensa en el desgarrado grito agustiniano: «Llevaba el alma rota y ensangrentada, impaciente de ser llevada por mí, y no hallaba dónde ponerla... a Tí, Señor debía ser elevada para ser curada. Lo sabía, pero ni quería ni podía... ¿Y adónde podía huir mi corazón que huyese de mi corazón? ¿A dónde huir de mí mismo?» (71).

D) *Iniciativas divinas de la gracia* que comienza a actuar cuando el hombre movido por ella, se lanza a buscar la Verdad a la que va inseparablemente unida la felicidad: «La vida feliz es, pues, gozo de la verdad, porque éste es un gozo de ti, que eres la Verdad, ¡Oh Dios mío! Todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida, la sola feliz; todos quieren el gozo de la verdad» (72).

He ahí las principales coordenadas del esquema conversional agustiniano. El Santo Doctor de Hipona ha sentado un principio fundamental de espiritualidad: el hombre se encuentra a sí mismo en la tribulación: *invenit ergo se; in malis invenit se* (73). ¿A dónde me dirijo? ¿Qué va a ser de mí? ¡Sin camino y con angustia! Y con ella, la amarga sensación de sentirse humillado en el fracaso (74). La experiencia que nos refleja San Agustín en las *Confesiones*, y la doctrina con la que intenta iluminar el hecho sobrenatural de la conversión nos está indicando, en definitiva, esta trágica y al mismo tiempo consoladora verdad: el pecador desolado por el desengaño exterior se vuelve a sí mismo y se conoce ante Dios. Es decir que recorre, con el auxilio de la gracia eficaz, el camino inverso por el que se había extraviado: si antes había

dejado a Dios para seguir a las criaturas, ahora deja el amor desordenado a las criaturas para buscar a Dios y adherirse a El indisolublemente. No olvidemos que para comprender la más honda psicología de las *Confesiones* —el Hecho descrito por Morente es una paladina confesión de su atormentada vida— es preciso situarse en el corazón del hombre, medir la profundidad del ser y de la vida humana, y seguir de modo intuitivo su dispersión hacia fuera (75). El proceso de la crisis del espíritu tiene lugar en el interior del hombre (76) desde la verdad que reside en lo más íntimo de corazón: «Tú autem eras inferior intimo meo, et superior summo meo» (77). Ahora bien comparando este análisis agustiniano de la conversión con la experiencia religiosa que Morente nos narra en su *Hecho*, comprobamos la perfecta similitud de líneas constitutivas hasta el extremo de que podamos afirmar que en el regreso a la fe del profesor universitario de la Central, se da sin ningún género de dudas una plena y singular vivencia del paradigma conversional agustiniano. No queremos incurrir en múltiples y tediosas repeticiones de textos ya aducidos, pero destaquemos sumariamente los asertos más importantes en correlación con el esquema trazado por San Agustín. Distingamos cuatro fases:

Primera fase: Se inicia por la tribulación y el sufrimiento de verse humillado, injuriado, perseguido, por quienes menos pensaba. El inmenso dolor por el vil crimen cometido en la persona de su yerno a quien tanto quería le desgarró y hundió. Siente un enorme vacío, y percibe la inconsistencia interior en que se agita su alma: «Veía lo infundada que era la especie de satisfacción modorrosa en que sobre mí mismo había estado viviendo; percibía dolorosamente la incurable inquietud o inestabilidad espiritual en que, de día en día, había ido creciendo mi desasosiego» (77). La crisis está planteada y comienza el movimiento de ascensión hacia Dios.

Segunda fase: Junto a un dolor como nunca lo ha sentido, la inquietud por cuanto le sucede que le hace exclamar: «En París, el insomnio fue el estado casi normal de mis noches tristísimas». Experimentaba como continuo aguijón «el cruel sentimiento de humillación en que vivía desde hacía cinco meses» (78). Empieza a pensar él, que no era creyente, que cuantos contratiempos y pruebas le asedian, son un castigo divino por su egoísmo y cobardía (79). La total soledad, y el completo desengaño le sumen en un martirizante abatimiento que pone

en marcha el resorte de su conversión, como simbiosis misteriosa entre gracia y libertad.

Tercera fase: Morente nos cuenta su crítico estado anímico que corresponde a una vida enteramente desarbolada. Era tanta su postración y decaimiento que pensó morir de pena (80). La crisis ha hecho fondo, y el angustiado profesor palpa horrorizado hasta qué límites increíbles le ha llevado su «aversio a Deo», es decir, su lejanía de la fe bautismal. Está sumido en un profundo «desgarro interior», en una «absoluta impotencia» que le tortura hasta lo indecible (81). He aquí descrita con incomparable grafismo su desesperada situación: «En realidad había llegado al fondo de un callejón sin salida» (82). Estamos en el momento cenital de la conversión agustiniana aplicada a Morente: si la separación de Dios se efectuó mediante la dispersión hacia fuera, hacia la nada, hacia la informidad, la aproximación a Dios debe realizarse mediante un regreso al interior que entrañe el arrepentimiento, la reforma, la paz, la unidad, y el gozo.

Cuarta fase: La gracia de Dios toma la iniciativa, y hace llevar a feliz término todo el proceso. Ha utilizado y dirigido todos los acontecimientos como «un revulsivo tan profundo y enérgico que en ello no puedo por menos de ver claramente un designio de la Providencia divina» (83). La música dulce y penetrante de Berlioz cantando la infancia de Jesús será el instrumento de que se vale para actuar en su doble función iluminadora y motora: «*Enonces fue cuando se me ofreció el único bien, el único refugio, la única aventura que para el hombre puede existir en este mundo: la dulce palabra de Dios. En mi alma resonó el eco de la voz de Cristo, llamando a su seno a todos los que sufren, a los que dudan, a los que lloran. Yo también lloré pero fueron lágrimas de alegría y de consolación*» (84). Había descubierto a Jesucristo Salvador, Redentor, Amor y Misericordia, que extendía sus brazos hacia él para salvarlo (85). El movimiento conversional está trazando los últimos compases. Morente reza innumerables veces el Padrenuestro porque siente que, como nuevo hijo pródigo, ha llegado a la Casa Paterna. Con la fe recuperada, un torrente de paz dichosa invade su alma neoconversa.

Hemos visto la total adecuación y sintonía de la conversión de Morente con el cuadro agustiniano. El *Hecho* y la *Carta al Dr. Eijo*, nos

confirman el perfecto paralelismo a partir de su reencuentro con Cristo después de casi cuatro décadas de ciega navegación a la deriva. Morente no tiene otro afán que ser fiel a la dulce llamada de Cristo: *Mi único anhelo y mi petición constante es que Nuestro Señor me conserve la fe... que me conserve la fe íntegra y me dé su gracia para servirle con honradez y fidelidad* (86). Desde el momento verdaderamente crucial de su conversión no olvida el infinito amor de Jesucristo, Buen Pastor a quien atribuye su gran milagro moral: *Abandonado de todos, amigos y extraños, medio desesperado, a dos pasos de la muerte, sin saber en mi soledad nada de los míos, de pronto sentí los ojos de Jesucristo que miraban en el alma y experimenté un consuelo divino que me enbargaba aún* (87).

Nadie puede dudar razonablemente de la honda y total sinceridad que se aprecia en la conversión de García Morente. Si aplicamos el principio criteriológico fijado por Cristo —por sus frutos los conoceréis— hemos de rendirnos a la evidencia. Estamos ante un caso que tiene todas las garantías de hecho sobrenatural. Solamente la gracia pudo hacer de un pertinaz profesor increyente, un alma auténticamente cristiana y evangélica. Si nos hemos detenido en el estudio de esta primera etapa conversional, dándole la mayor amplitud en el trabajo, es porque estamos íntimamente convencidos de que es fundamental para comprender su itinerario hacia Dios. Toda la recia personalidad espiritual de Morente está compendiada en su definitivo retorno a la fe católica, para servir sin limitaciones a Jesucristo y a la Iglesia.

III. ETAPA MONASTICA

Esta etapa de su Itinerario espiritual comprende desde el 8 de septiembre de 1938 al 7 de junio de 1939, es decir, nueve meses (88). Señala un hito bastante definitivo e influyente en la psicología religiosa de Morente. Fue breve, pero decisivamente fecunda. Todo el Epistolario dirigido desde su retiro claustral de Poyo está revelando su nueva configuración de cristiano. Morente pensó varias veces renunciar al mundo e ingresar en una orden religiosa (89), pero comprende que no era ésta la voluntad de Dios. Aspira al sacerdocio ejercido en la última aldea, pero no sabe cómo conseguir esta absorbente aspiración. Por eso se pone en

manos de su Obispo para recibir sabio asesoramiento y segura orientación. Se siente firme en su fe, y es profundamente feliz. Lo repite en sus Cartas como una gozosa confesión: «*Yo tengo el inmenso consuelo de haber sido por Dios gratificado con la dicha de su divina gracia que me hace feliz sin límites, y me concede por fin un sentido claro e inequívoco para la vida y orientación concreta con la que siento en mi alma la indestructible paz de quien nada teme y confía plenamente en Dios* (90). A nosotros nos interesa la vivencia religiosa reflejada en esta confianza en la que nos parece ver un conmovido eco agustiniano: abandonar a Dios es muerte; volverle a buscar nuevo nacimiento; y morar en él vida (91). Morente, como San Agustín, ha encontrado también su centro de gravitación, y prisionero de su poderosa fuerza magnética que es el amor divino, quiere girar solamente en torno a Jesucristo (92). La corta estancia en el Monasterio de San Juan de Poyo, contribuyó a fijar y madurar su vocación cristiana unida a un irrevocable propósito de vida sacerdotal. Pero surgen tres preguntas cuya respuesta ayudará a valorar la importancia iluminadora de su etapa monástica: ¿Por qué fue a Poyo? ¿Qué hizo en Poyo? ¿En qué disposiciones salió de Poyo?

1. *Motivos de su retiro claustral.* La idea le viene sugerida por su Obispo, el Dr. Eijo Garay quien mantenía frecuentes relaciones con este Monasterio. Uno de los detalles más providenciales en la conversión de Morente fue su pronta conexión con el Prelado Diocesano para que guiara sus pasos todavía inciertos y vacilantes. Tiene razón el P. Vázquez al escribir que el Dr. Eijo Garay «fue para el Sr. García Morente la aparición sensible de camino de Damasco, y algo más; sólo que en vez de enviar a Ananías a la Rúa Derecha, envió al nuevo Saulo a casa de Ananías...» (93). A pesar de las dificultades surgidas para admitirle en el monasterio mientras llegara la hora de entrar en el Seminario, la insistencia del Dr. Eijo ante la comunidad mercedaria, unidas a las súplicas humildes de García Morente, consiguió vencerlas: «Es evidente que los mercedarios no podían negarse a recibir un cautivo rescatado, doblemente rescatado» (94). Al principio de su conversión, Morente escribe de sí que se hallaba «como deslumbrado y ofuscado por la claridad divina que inundaba mi alma» (95). Necesitaba encauzar y asimilar gradualmente esta rica iluminación interior que le movía a replantearse su vida y su ideario al servicio de sacerdocio. Poyo fue el desierto donde gradualmente quedó estructurada la espiritualidad de Morente. Se retiró a este

antiguo convento gallego porque quiso obedecer a las indicaciones de su Obispo, porque deseaba iniciar su preparación para recibir un día no lejano las Sagradas Ordenes, y porque amaba con pasión la soledad y silencio donde se fraguan las decisiones más trascendentales.

2. *Su vida en el claustro: oración y estudio.* Gracias al epistolario familiar y a las cartas dirigidas al Padre Comendador de Poyo, además de otros calificados testimonios podemos conocer bastante bien cómo transcurrieron los nueve meses de su estancia monástica. Vive entregado íntegramente a la oración, formación religiosa y estudio profundo como si se tratara de un fervoroso corista. Pensamos que esta etapa claustral influyó notablemente en su espiritualidad, hasta configurarla con rasgos y perfiles verdaderamente singulares. He aquí su apretado programa descrito autobiográficamente:

«Mi vida aquí sigue en perfecta paz y en íntima unión con Dios Nuestro Señor. ¡Como que no hago otra cosa que estudiar su santa palabra y doctrina, y ofrecerle a cada instante mi vida entera y mi alma! La oración, la meditación y el estudio son mis únicas ocupaciones» (96).

Es un magnífico resumen que descubre una vez más su dinámica interioridad. Morente tiene de continuo una mirada retrospectiva al *Hecho*, y su vivo recuerdo le estimula a superar, sin desmayos, su ejemplar comportamiento. Prescindiendo de otras consideraciones a las que ya aludimos, él sabe que arranca de aquella inefable experiencia, su encuentro con el Señor: «Vino Nuestro Señor Jesucristo mismo a visitarme y consolarme» (97). Desea seguir desde el principio el ritmo de la vida monástica: «Yo reparto mi vida entre la Iglesia y el estudio, asistiendo, sin faltar a uno, a todos los actos y devociones de la Comunidad, incluso a las horas canónicas en el coro donde tengo mi sitio señalado» (98). Agradece y alaba a las muchas almas que han pedido por su conversión —«¡Bendito sea Dios y benditas las santas almas que tanta abnegación, tanta caridad, tanto amor atesoran!» (99)— y se siente felizmente en su ascética vida empeñado en «imitar más que nunca a Jesús, y sobre todo en su retiro y penitencia en el desierto» (100). Empieza a paladear los valores monásticos que desea asimilar, y así le «gusta mucho el caminar por los claustros a oscuras, en el silencio más profundo que se puede imaginar» porque ello le inunda de paz inmensa: «No

es posible que exista para el hombre más profundo goce que este trato directo con la mismísima eternidad» (101). Morente insiste frecuentemente en el silencio y en la soledad monásticas que centran al alma en el diálogo con Dios: «en el silencio imponente y en la casi completa oscuridad estoy, a veces, tan perdido en ensueño y devoción que me parece que las cosas en torno se enajenan, y se alejan de mí definitivamente, y que estoy como suspenso en un vacío inmenso» (102). Alterna la oración y meditación con el estudio bíblico, teológico y ascético que le pone en contacto con los grandes maestros de la espiritualidad católica. Es bien expresivo este testimonio que nos muestra el ritmo progresivo de su formación: «Cada paso que doy en el interior del edificio sobrenatural de nuestra doctrina cristiana católica, me llena más y más de admiración, de encanto, de estupefacción, ante su Verdad, su Grandeza y su Belleza» (103). El lema benedictino «ora et labora» que ha informado a casi toda la tradición monástica de la Iglesia se encarna en él con admirable plenitud hasta el extremo de que los Salmos y el Evangelio, Santo Tomás y Grandmaison, Gredt y Mercier, sus largas horas de adoración ante el Sagrario, sus profundas sesiones de estudio le ayudan armónicamente a madurar su formación eclesiástica. Morente se manifestó en Poyo como un ilusionado contemplativo que hubiera profesado en el claustro de no ser por la responsabilidad familiar que pesaba sobre sus hombros. A propósito de esta estampa monástica, no es justo omitir el nombre de tres religiosos mercedarios a cuya sabia dirección espiritual tanto debe nuestro ilustre converso. Nos referimos a los padres Fernando Vázquez Bolaño, José Miguélez y Rafael Vázquez. Cada uno dio delicadas y acertadas pinceladas en su alma selecta, incansable en exigirse, tenaz en superarse. Morente se entiende con ellos admirablemente, profesándoles hondo cariño (104). Al padre Fernando Vázquez le debemos este calificado juicio: «En disciplina regular fue intachable y aún edificante, habida cuenta de su edad y antecedentes» (105). Al P. Miguélez le recordará siempre como su «iniciador en las elementales prácticas de piedad y vida religiosa» (106). En cuanto a la venerada figura del P. Rafael Vázquez merece capítulo aparte: su profunda virtud y proverbial bondad fueron para Morente un constante estímulo, una escuela viviente de espiritualidad evangélica (107). Veamos cómo le enjuicia su distinguido penitente: «He tomado por confesor... al P. Rafael, el párroco de Poyo, un alma angelical, sencilla y exquisita, sin complicaciones, y de una sincera espontaneidad que le hace acertar,

sin esfuerzo, allí donde muchos refinados andarían dando palos de ciego. ¡Con decirle que lleva en este convento, creo que treinta años sin salir de él. ¿No es esto admirable? Yo, al menos, siento una profunda veneración por este hombre tan de Dios, que casi no vive en lugar ni en tiempo determinados...» (108).

Resultaba lógico que tan expertos y virtuosos religiosos ejercieran un influjo decisivo en su preclaro dirigido cuyo itinerario espiritual halló en tan excelentes guías un suave aliciente. Con su convivencia intensificará la devoción mariana, estimulará el celo apostólico, descubrirá muchos valores contemplativos y templará su vocación sacerdotal. En el vetusto monasterio de Poyo, Morente encontró lo que buscaba: soledad, silencio fecundo, paz monástica, dirección acertada, convivencia amistosa, y espiritualidad cristocéntrica, litúrgica y mariana. Sin este período claustral, su posterior estancia en el Seminario de Madrid habría sido menos provechosa. He aquí cómo resume un testigo presencial su vida en Poyo: «Se entregó a la oración en el coro; el sagrario le confortó, pasó el nublado y desde entonces la vida religiosa fue abriendo sus secretos e informando aquella alma que estaba sedienta de Dios. De día en día le cautivaba el ambiente del monasterio. Su alma de artista, su espíritu delicado, su corazón puro y noble encontraban en la vida religiosa su adecuado ambiente» (108 bis). Morente supo cumplir la palabra dada al P. Capeans cuando deshecho en lágrimas y puesto de rodillas, le había suplicado su admisión temporal en Poyo: «Padre por Dios, por lo que más quiera, admítame. Yo, Padre, quiero seguir en todo a la Comunidad, no quiero distinción ninguna» (109). Sobrada razón tiene Iriarte para decir, con clara referencia paulina, que si París fue para Morente su Damasco, el Monasterio de Poyo tuvo para él algo de la soledad y fecunda preparación del Desierto de Arabia (110).

3. *Evocación de Poyo.* A juzgar por las relaciones epistolares mantenidas con el Comendador P. Barros, y con su entrañable amigo el Padre Miguélez, la evocación edificante de Poyo fue continua, viva y estimulante. Reconocerá agradecido todo el bien sobrenatural que había recibido en aquel bendito oasis. También supo dar con humilde sencillez, ejemplos de auténtica virtud que confirmaron ante todos su sincera conversión. Cuando alguien la puso en tela de juicio, los Padres mercedarios de Poyo salieron en su defensa para atestiguar lo que nadie podía negar: que Morente era un hombre totalmente entregado a Dios, sin la menor

ficción. Allí había morado un verdadero convertido. Nadie mejor que ellos al verle orar, llorar, meditar, estudiar y obrar, podían dictaminar que era, en pleno sentido paulino, un hombre nuevo. Los religiosos estaban admirados del espíritu de humildad y oración que informaba todos sus actos. Por eso exclamaban: «Eccce enim orat... Oraba y lloraba. Venite et Videte... ecce enim orat, como Saulo» (111). Los que permanecían escépticos acerca de su conversión, estaban totalmente equivocados.

Es un hecho indudable que la estancia en Poyo, de García Morente, marcó una huella indeleble en su espíritu abierto, noble y emprendedor. Junto a la Orden de la Merced a la que llamaba «mi iniciadora en la dulce práctica de la devoción» (112), desea «revivir de veras el recuerdo imborrable «de sus meses claustrales que nunca podrá olvidar, (113) porque fueron para su alma «días suaves, dulces y soberanamente pacíficos» (114). Finalizamos este apartado con un texto epistolar donde se evidencia lo que supuso para su vida la estancia monástica de Poyo. Escribe así a los mercedarios: «Ustedes, sin más acción que su sola presencia, su vida tan santa, tan mansa, tan evangélica, llevaban a mi corazón la paz de Cristo y la confianza en la voluntad de Dios, que cada día veía yo más manifiesta e inequívoca. ¡Cuánta gratitud les debo! Porque, en efecto, todos los proyectos, todas las ilusiones que a la sombra de los claustros de Poyo se forjaron en mi alma, se han realizado punto por punto» (115). Nada puede extrañar que esta vinculación espiritual y afectiva se exteriorizara en efusivas frases de profunda gratitud y de vivo recuerdo, sobre todo en sus horas de oración junto a Jesucristo Sacramentado (116). Poyo permanece en el alma de Morente como parte de su propia vida, porque allí, en la reposada quietud del retiro monástico, preparó su mente, purificó su corazón, y fortificó su voluntad en una esmerada preparación, camino del Sacerdocio.

IV. ETAPA SEMINARISTICA

No nos interesa en esta etapa el rico anecdotario de la convivencia seminarística ni el ritmo progresivo de sus clases de teología, ni otros muchos aspectos que, con ser interesantes no afectan tan directamente al meollo de su proceso conversional. Baste decir únicamente que Morente vivió en el Seminario como un alumno teólogo más, sin pretender

por su parte ninguna excepción y sometido por completo a la disciplina común. Se sentía enormemente feliz con tener «un cuarto con puerta», era unánimemente querido por su sencillez y bondad, gozoso con el ambiente de comprensión, simpatía y cariño que encontró siempre en superiores, profesores y condiscípulos (117). Dejemos para el biógrafo las significativas incidencias y el reposado acontecer de su breve vida seminarística que se inicia en Madrid el 8 de noviembre de 1939, y concluye el 18 de diciembre de 1940. En estos trece meses su alma recorre grandes estudios en una seria preparación para el sacerdocio. Le interesan sobre todo las Ordenes Sagradas, y a ellas consagró todos sus esfuerzos y afanes, es decir, la integralidad de su persona, avido de recibir el presbiterado. Esta línea recóndita de su itinerario interior aparece visible y palpable en el Diario de los Ejercicios Espirituales hechos durante diez días, de 24 de septiembre al 5 de octubre de 1940, preparándose para el subdiaconado y demás Ordenes mayores.

Si los Ejercicios de Poyo fueron intensamente devocionales, y «un espectáculo estético y artístico», los Ejercicios hechos en el Seminario de Madrid en noviembre de 1939 y en septiembre-octubre de 1940, constituyeron una fecunda maduración, o como él dice: un espectáculo intelectual (118). Al sabroso recogimiento monástico, al intenso «ora et labora», de fructífera dirección espiritual, sucedía ahora el trabajo austero de sistemática formación espiritual, en el cual daría todas sus dimensiones como «equilibrio de pensamiento, carácter y devoción» (119).

Al detener nuestra atención en el Diario de los Ejercicios, calificado como «libro sensacional» (120), no aspiramos en modo alguno a un minucioso análisis psicológico-ascético del insigne ejercitante, ya que este estudio rebasa nuestro objetivo. Deseamos más bien resaltar las principales coordenadas de su sincera espiritualidad, tales como él las fue fijando con palabra precisa e inequívocamente reveladora. Morente es un pensador profundo, pero siempre transparente: expone sin ambigüedades lo que desea decir y su expresión sobria y exacta se ciñe rigurosamente a la idea y vivencia que trata de comunicar. El Diario es un documento espiritual de ejemplar transparencia, donde brilla por igual el asombro humilde del convertido, y la devota unción de penitente. El Diario es al mismo tiempo testimonio y mensaje, ejemplo y lección. Cuatro rasgos quisiéramos subrayar en el *Diario*, donde el profesor ejercitante condensa la actitud exterior de su etapa seminarística: sinceridad en la

respuesta, totalidad en el servicio, oblatividad en la entrega y ejemplaridad en la vida. Aquí estriba, a nuestro juicio, el feliz cuarteto de su maravillosa conversión.

1. *Sinceridad en la respuesta.* Muchos, escépticos por sistema y recelosos por prejuicio, no acaban de rendirse ante la evidencia. Les hubiera bastado conocer las páginas vibrantes del Diario para disipar todas las suspicacias absurdas y caprichosas. Lo primero que salta a la vista con caracteres sobresalientes es la sinceridad de la conversión momentánea, entendida como hecho totalitario de radicales exigencias. Pocas veces el biógrafo y el tratadista habrán descubierto un lenguaje más claro y exento de artificio, un estilo más luminoso y carente de ficción que el empleado en los Escritos Espirituales del Profesor García Morente. Anota agudamente el P. Quintín Pérez: «Aquí se ve que hubo conversión, sino que el alma se ha adelantado tanto por las vías del amor que aquélla ya como desaparece» (121). La sinceridad de Morente tiene acentos agustinianos ya que evoca en torno al gran Obispo africano «la ternura con que siempre, aun en tiempos muy remotos llenó mi alma» (122). Es religiosamente operativa y evangélicamente edificante. Le lleva a confesar con la mayor sencillez todo el negro balance de su vida pasada:

«Me entra mucho miedo a tener que volver sistemática y expresamente sobre esos años tremendos de inconcebible ligereza, soberbia y suficiencia; años de pecado, y lo que es peor, de pecado que se disfrazaba bajo el manto de una moralidad natural... Pero una tan horrenda vida como ha sido la mía, se me antoja cuando la miro de cerca, tan inexcusable, tan radicalmente imperdonable que siempre que vuelvo la mirada hacia ella me da un pellizco el corazón, y se me nubla la vista... ¡El catedrático más joven de España! Y vertiendo pedantescamente en la cátedra, con suavidad escéptica, toda suerte de falsedades, de errores... ¿Cómo es posible, Dios mío, que te hayas fijado en este gusanillo inmundo que en nada se atrevió a mirarte y tratarte con displicente suficiencia de filósofo entontecido por la soberbia?» (123).

Pensamos que esta larga cita define mejor que muchas glosas el talante sobrenaturalmente sincero de un hombre que acierta a redactar en sus notas espirituales un sucinto memorial de lo que ha tratado en

su intimidad con Dios y su conciencia. Su conversión tuvo todos los caracteres de hecho sobrenatural como se deja ver sin sombra de duda en todas las meditaciones. Cada una de ellas, tal como las recoge en sus apuntes avala su gran sinceridad: «Al fulgor de las grandes verdades eternas, y sobre todo la Majestad y Santidad divinas, que ahora en la recogida contemplación, le sobrecogen y fascinan, su antigua impiedad vuelve a presentársele con todo el relieve de su malicia objetiva, y espantado de ella también sobre su propia malicia subjetiva formula los más duros juicios inculpantes» (124). La sinceridad de García Morente quedó patentizada en las supremas renunciaciones que hizo para ser consecuente con su fe recuperada.

2. *Totalidad en el servicio.* Destaca en el Diario un elemento eficazmente configurador de su espiritualidad que es simultáneamente unitivo y totalizante: une y polariza a la vez todas las fuerzas y aspiraciones. Desde un principio puede apreciarse que Morente, apenas ha encontrado a Cristo en su equivocado camino, se siente totalmente religado con El. Su respuesta a la gracia es total: no quiere pertencerse ya que se siente poseído por Dios, a cuyo pleno servicio se ofrece. Si decíamos anteriormente que su sinceridad es total, ahora hemos de reconocer que «esta totalidad está íntegramente orientada hacia la *metanoia* evangélica la cual supone un giro en redondo del ánimo desde la *aversio a Deo* (alejamiento de Dios) del pecado a la *conversio ad Deum* (acercamiento a Dios) de la caridad vivífica y operante. Morente se sabe todo de Dios y para Dios, todo de las almas y para las almas, en cuya salvación y santificación sueña. Sus apuntes espirituales permiten entrever sin nebulosas su claro propósito de vivir únicamente para su fe religiosa. Su Diario constituye un copioso surtidor de ideas-madres, nuevos aspectos de las verdades eternas o de la doctrina y hechos evangélicos... y en todo, un razonamiento lúcido y vigoroso como de gran pensador, y una llama interna, como de gran afectivo, en la que la más fría reserva del ánimo no puede menos de sentirse prendida (125).

Es tajante resuelto y tenaz en mantener su firme voluntad de entregarse todo él a lo que Dios quiera y disponga, sin ningún género de minimizaciones o reservas. Se dará a sí mismo «del todo», y servirá a Dios «en todo».

Comienza sus Ejercicios pidiendo abandono y entrega total, sencillez y simplicidad (126), y se sumerge enseguida en la alabanza y reverencia

de Dios, como preludios del amor: *Amar, amar, amar a Dios, con todo amor, con amor intelectual con amor sensible con serenidad y con exaltación* (127). El se sabe «tremendo pecador de tantos años», pero descubre con absoluta claridad lo que el amor de Dios exige de su alma (128). Su expresión de totalidad religiosa al servicio de Dios y de la Iglesia es rotunda: «Tuyo soy, tuyo en todo, por todo, para todo» (129). Para Morente la vida sin dimensión sobrenatural carece de sentido: «Prefiero mil veces morir con Dios que vivir sin Dios. He vivido sin Dios y ahora me parece que entonces estaba como muerto» (130). Esta experiencia de fe le mueve a garantizar bien su resolución de vida fervorosamente fiel, a fin de que no haya vacilaciones ni titubeos en el camino emprendido: se guarda de propósitos demasiado generales provocados por impulsos de entusiasmo a veces racional, a veces sentimental y siempre algo precipitado (131). Su propósito de totalidad tiene raíces profundas y solidez granítica. Contempla las diversas modalidades, medidas y grados que pueden darse en la conversión cristiana: *Porque de Dios se puede ser un poco o mucho, o muchísimo o del todo. De Dios se puede ser tíbiamente, fervorosamente, locamente. De Dios se puede ser hasta ciertos puntos o hasta muchos puntos, o en absoluto hasta en todos los puntos* (132). Este diagnóstico evidencia dónde había puesto su objetivo: la totalidad para amar, para servir, para rendir sobrenaturalmente.

3. *Oblatividad en la entrega.* Una honda y caliente vibración traspasa las páginas del Diario en el que nos interesa sobre todo el cambio interior y el camino andado en las intimidades de la vida del espíritu (133). El documento autógrafo está transido de irrevocables decisiones, donde se manifiesta a cada paso la noble actitud del ejercitante. Se nos abre sin recovecos. Se nos presenta sin doblez, mostrándonos los misteriosos resortes del alma tocada por la divina gracia. Su generosa e incondicional oblatividad es un maravilloso contrapunto de sus pasadas experiencias a la deriva: «Pecador, pecador y pecador. En el cieno ha transcurrido mi vida, en el cieno del pecado... Pequé y repequé una y mil veces» (134). De aquí arranca su indeclinable propósito de ofrecerse al Señor para cuanto él disponga en el tejer y destejer de su suave providencia: «Dime lo que quieras y estará hecho al punto, aunque me cueste la vida. ¿Qué digo la vida mía? Aunque me cueste la vida de mis hijas quedaría hecho sin refunfunos, sin vacilación ni regateos. Díme, pues, qué quieres que haga, Señor. Aquí está tu esclavo»

(135). Está dispuesto a dar su vida en el servicio divino (136), y agradece a Dios que le ha concedido «la paz de una resolución inquebrantable» (137).

La oblatividad religiosa morentiana está troquelada sobre el «Fiat» de María, cuya sumisión y libérrima entrega a la voluntad del Señor le conmueven y estimulan (138), pero la fuerte palanca que le impulsa es reciamente cristocéntrica en su motivación sin dejar de ser también mariana en su filial sentimiento de imitación: «Digo que elijo la pobreza de Cristo, la deshonra con Cristo, la humildad con Cristo... Estoy con Cristo y me abrazo a la cruz de Cristo, me acojo a su pobreza y a su humildad» (139).

La oblatividad en la entrega de Morente es una actitud lógicamente evangélica y ascética, de todo su proceso conversional, sobre todo en su última fase de maduración interior. No hay en ella el menor asomo de sentimentalismo religioso por más que aparezca su fina afectividad. No se trata de situaciones transitorias de fácil entusiasmo, sino que es la línea recta y ascendente que no se quiebra ni se desvía de su diana. A propósito de la meditación de los «Tres Binarios» se pregunta: «¿A cuál de ellos va a corresponder tu conducta futura? ¿Van a ser tus resoluciones de las dilatorias? ¿Van a ser de las combinatorias o acomodaticias? ¿Van a ser de las resolutivas o eficaces?» (146). Y su respuesta es terminante en cuanto al camino a seguir: «Ese camino es Cristo. Vivir con El, morir con El, ascender con El a la gloria eterna» aunque este programa dure toda la vida: Los Ejercicios son un revulsivo enérgico del alma para darle resolución y fuerzas a fin de emprender con alegre tesón la cuesta arriba de la santidad. No hacen santos. Hacen hombres resueltos a llegar a serlo (141).

La oblatividad en la entrega es para García Morente la única actitud y respuesta valedera al amor de Cristo que se ofreció al Padre por nosotros.

4. *Ejemplaridad en la vida.* Asomarse al Diario es sentirse hondamente edificados al comprobar la rica sustancia espiritual que nutrió al alma de Morente. Estas páginas de Ejercicios rezuman por todas partes un testimonio de presencia divina: tal es el aire y el espíritu que corre por todo el Diario, espejo del alma religiosa del autor, junto a la de su conducta, de la autenticidad y radicalidad de su conversión (142). Tra-

baja ímprobamente por confirmar en su alma la resolución tomada de acomodar su vida a las enseñanzas de Jesús (143), y a este propósito ajusta todos sus planes. Todos los apuntes de estos Ejercicios que fueron los más decisivos de su vida, están proclamando la ejemplar trayectoria del convertido que quiere compensar con creces el tiempo perdido, y los ejemplos negativos a que su pertinaz actitud de increyente le indujo durante tantos años. No me sentía atraído por nada, sino por un verdadero ideal de santidad realizado en el sacerdocio católico. Cuando termina los Ejercicios, vísperas de su ordenación de subdiácono, pone este colofón a sus notas: *Haré firme propósito siempre de que ni éxitos ni fracasos sean parte a conmover en lo más mínimo la quietud, paz y resolución en que me han puesto los Ejercicios* (144). En esta tesitura se mantuvo hasta el día de su muerte, sin declinar en el fervor de su vida religiosa.

La etapa seminarística de García Morente fue corta pero incomparablemente fecunda. El Diario revela su alto grado de madurez espiritual. Desde muchos ángulos podía haberse revisado este Documento verdaderamente edificante y aleccionador, pero creemos que la cuádruple faceta apuntada, sirva para subrayar su contenido más importante: fue sincera en su vuelta a la primitiva fe bautismal y en la renovación de su vida. Actuó con totalidad de entrega, sin parciales reservas o sinuosos escamoteos. Se ofreció a Dios deseando imitar perfectamente a Jesucristo, y ajustó su conducta a todos los niveles, al programa de perfección religiosa y sacerdotal que la Iglesia le ponía por delante. Aquí está todo su sencillo secreto y en esto radica también el presuroso ritmo de su proceso conversional que es —ya lo dijimos anteriormente— unitivo y totalizante. El Seminario de Madrid dio constantes y felices retoques a su alma noblemente apasionada, vigorosamente decidida en la conquista de su ideal. Cuando Morente concluyó su etapa de seminarista teólogo, llevaba en su corazón nítidamente esculpida, la imagen de Cristo Buen Pastor y Sacerdote Eterno.

V. ETAPA SACERDOTAL

Morente ejerció el sacerdocio dos años escasamente: del 21 de diciembre de 1940, fecha en que se ordenó, al 7 de diciembre de 1942,

fecha en que falleció. La fundamental aspiración de su vida de convertido fue llegar al sacerdocio y vivir plenamente entregado al ministerio apostólico. No es posible separar en la iniciación de su proceso conversional, el regreso a la fe bautismal y su deseo de consagrarse por completo al servicio divino. Esto constituye una clara nota característica en la conversión de García Morente. Su testimonio es indiscutible: «Al día siguiente del Hecho tomé ya la resolución de consagrarme a Dios y abrazar el estado sacerdotal» (145). Esta idea le viene por doble cauce, recíprocamente influyente: el agradecimiento sobrenatural y el celo apostólico. Así se lo hace constar al Dr. Eijo Garay a escribirle desde Tucumán, dándole cuenta de haber recuperado la fe, iluminado por la «claridad divina». Por cuatro veces insiste en la misma idea de «ayudar a otros a su salvación», de dedicar su futuro esfuerzo «a la cura de almas». Su trayectoria espiritual tiene una meta que ve nítidamente dibujada: «Creo que... Dios Nuestro Señor no me llama a la vida religiosa del convento, sino que me quiere de sacerdote seglar, en el hogar, con vosotras, y los quehaceres propios de mi nuevo estado» (146). Se hizo sacerdote, como él escribió, «para poner todo lo que tengo, puedo y valgo al servicio de la Iglesia y de las almas». Sus ansias vocacionales cristalizan en este deseo, en sus Ejercicios de Ordenes: *Concededme la gracia en adelante, de una vida sencilla, retirada, llena de paz en el trabajo incesante y esforzado por la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. Que yo sea un sacerdote modesto, recatado pacífico, tranquilo, pero que el fuego de mi amor no se apague nunca ni se debilite jamás...*» (147). Consiguió, efectivamente, la gracia que tanto deseaba, ya que fue ordenado de Tonsura el 6 de octubre de 1940, de subdiácono el 27 del mismo mes, de diácono el 24 de noviembre y de presbítero el 21 de diciembre, ejerciendo el sacerdocio como una culminación del llamamiento divino y de una fidelísima correspondencia al mismo. No vamos a seguir de manera detalladamente analítica el camino trazado a lo largo de este último bienio, sino que quisiéramos resaltar la hermosa estela que se abre en tres luminosas direcciones: Sagrado ministerio, docencia universitaria y conferencias apologéticas.

1.^a) *Sagrado Ministerio*. Morente se sentía integralmente realizado en él, y de este gozoso hecho fueron testigos todos cuantos le trataron íntimamente. Había encontrado en su ordenación sacerdotal su verdadero centro, el sentido claro e inequívoco de su vida, y la orientación

concreta que le daba una paz indestructible (148). No le quería el Señor de «cura de almas de algún pueblecito» como él había soñado tantas veces, sino de humilde capellán de monjas, dando el sencillo testimonio de su vida de oración, su misa edificantemente celebrada, su talante nuevo de alma ungida que se sabe portadora de un formidable ministerio ejercido en el nombre de Dios. Si hace algunos meses la ascensión al sacerdocio de Cristo le parece una meta lejanísima (149) ahora, todo se le ofrece como algo suave, fácil y encantador. Aquella «vida nueva de piedad y religión» como él la definía, sucedía el sereno ritmo de su misa cotidiana con el que va a clausurar el ciclo de su conversión. La obediencia al Prelado le mantiene atado a su Cátedra y aunque renuncie «a enseñar el Evangelio en la última aldea», por rendida sumisión jerárquica permanecerá fidelísimo a su espléndido ideal sacerdotal pergeñado en las ciento cincuenta cuartillas manuscritas de su Diario Espiritual. Todo esto queda confirmado con un doble y calificado testimonio. El primero pertenece al Dr. Lahiguera, hoy Arzobispo de Valencia, y entonces Director Espiritual del Seminario de Madrid quien refiere así: «Orgullosa de su sacerdocio, lo amaba con frenesí, y me decía que una vez convertido se le apareció —vocación divina— como la única forma de corresponder a Dios, consagrándose a El del todo y para siempre» (150). El segundo testimonio lo dio la Superiora del Colegio de la Asunción al que Morente servía como Capellán: «Fue notable desde el primer día de su ministerio, la adoración íntima y profunda que revelaba en el Altar durante la celebración de la Santa Misa, muy especialmente» (151). El ministerio sacerdotal vino a culminar, en efecto, todo el itinerario interior que habiéndose iniciado cinco años atrás, alcanza su cénit a los cincuenta y seis años de edad, que es la que tenía al morir.

2.^a) *Docencia universitaria.* Morente fue el «Profesor-Sacerdote» no porque antepusiera sus tareas como catedrático de la central a las funciones sacerdotales, sino porque al reintegrarse a la enseñanza universitaria, por voluntad de su Obispo, cuando todavía era seminarista, se le comenzó a llamar así. Puede afirmarse sin ninguna concesión a la hipérbole que García Morente hizo de su magisterio filosófico un auténtico apostolado sacerdotal. Permítasenos expresar mejor nuestro pensamiento a fin de evitar cualquier equívoco. Fue riguroso en sus clases, brillante en el planteamiento de los temas, profundo en su desarrollo, metódico en la exposición. Era un excelente maestro y un

acabado pedagogo. Pero puso todo su enorme caudal filosófico y toda su sapiencia universitaria al servicio de su fe cristiana erigida en faro iluminador, en muralla protectora, en cautela prudente, y en garantía moral. El aventajado discípulo de la Escuela de Marburgo, avezado a todo género de interpretaciones neokantianas, sintió la urgente necesidad de rectificar su ideario filosófico cediendo ante Santo Tomás (152): su ídolo Kant no ha sido roto; se le ha desmontado del pedestal y se ha colocado a Santo Tomás en lugar suyo: el admirador de Bergson y de Cohen ha descubierto el genio deslumbrante del Aquinate y se ha rendido ante él (153). Morente insiste en la necesidad de la fe para filosofar con sentido trascendente. En esta vertiente radica el valor apostólico y sacerdotal de su docencia universitaria. Oigamos sus palabras:

«Sólo el hombre creyente que sabe creyendo y cree sabiendo, solo el hombre a quien le es dado contemplar la unidad perfecta de la razón y de la fe, conoce lo que es la verdadera vida aquí, y allá la vida perenne, la vida eterna, más profunda que el ser... ¿Qué inclinar la cabeza en acto de fe no es católico? Al contrario: ese gesto es el único digno de una filosofía» (154).

Morente no pudo pagar como hubiera querido, su tributo de actividad y de apostolado en una parroquia rural, pero el pesado deber que se le impuso de su presencia y su ejemplo en el medio universitario para contrarrestar sus pasados influjos negativos, fue altamente positivo, por más que exigiera de él enormes sacrificios. Sus alumnos le miraban con edificación y analizaban con hondo provecho su pensamiento filosófico lúcido y cálido. Morente ofrecía en su magisterio el paradigma ejemplar de una mente abierta a la fe y ávida de incorporar su «nuevo espíritu» con el contexto intelectual de lo que había sido su formación y su vida (155). Los motivos vivos de su conversión y la síntesis organizada de su nuevo pensamiento forman el fecundo e impresionante binomio de Morente, Profesor-Sacerdote, Maestro de muchos saberes filosóficos y protagonista de una singular experiencia religiosa. En los estratos más profundos y arraigados de su personalidad renovada por la fe y la gracia divina, existe un ansia incoercible de reparación y de edificación: la cátedra universitaria sirvió a Morente de yunque purificador y de instrumento apostólico. Con reminiscencias agustinianas expone el valor eterno de la verdad: el primer grado de la verdad se alcanza por

la humildad; el segundo por la compasión; y el tercero por la contemplación. La verdad es en el primero, ascética; en el segundo, compasiva; y en el tercero, pura y amorosa» (156).

3.^a) *Conferencias apologéticas*. Si todas sus conferencias tenían pleno rigor filosófico, ninguna de ellas a partir de su ordenación sacerdotal, estuvo exenta de fina intención apologética (157). En esta perspectiva Morente veía realizado también su ideal sacerdotal en beneficio de las almas. En este sentido prestó meritísimos servicios que no han sido reconocidos como se merecen, quizá en virtud de una posterior evolución socio-religiosa que ha enturbiado en algunos historiadores modernos la visión serena del quehacer morentiano. Como Profesor-Sacerdote tuvo singular preocupación por la triste situación espiritual de muchos intelectuales. He aquí el diagnóstico que al propio tiempo evidencia el noble fondo de su radical conversión, y el ritmo paulatinamente creciente de su progreso en las virtudes teologales:

«Existe hoy en gran número de hermanos nuestros que padecen una dolencia espiritual. Me refiero a los llamados intelectuales. Y la dolencia espiritual que los intelectuales padecen los hace dignos de una profunda conmiseración, y nuestra caridad cristiana debe verse en ríos de amor, en ríos de efusión para con estas almas que sufren. ¿Y cuál es esa dolencia espiritual? En dos palabras: esa dolencia es el miedo a tener fe; la mayor parte, todos no; pero muchos de ellos no son cristianos» (158).

Por este motivo se esforzó tanto y se entregó a hablar de la fe tal como él la veía y gozaba desde su risueña atalaya de creyente. No olvidemos que Morente llegó por efecto de su nueva fe viva y cordialmente sentida a intuiciones clarísimas sobre puntos clave de nuestro ambiente espiritual. Desde la cumbre serena de estas intuiciones y reflexiones invitaba fraternalmente a los intelectuales increyentes a acercarse a la verdad revelada, al mismo tiempo que estimulaba el celo prosetista de los creyentes a una ardua labor apologética: «No tengan, pues, miedo los intelectuales a la fe, ni vosotros al propagar por doquier la cultura religiosa, al hacer saber que las verdades sobrenaturales no son contrarias ni opuestas a las verdades científicas físico-matemáticas, pues hacéis con ello un beneficio, y una obra de caridad de extraordinario valor

(159). Morente sufrió en su alma la garra fría del recelo y paladeó el acíbar de la incomprensión por parte de quienes nunca creyeron del todo en la total sinceridad de su radical conversión: siempre sospechaban del nuevo pródigo. No podían olvidar su descatolización en el extranjero, el ateísmo práctico a la vuelta, y bajo la bandera de la Institución Libre, la guerra de provisiones y decretos, o bien expresiones contra el catolicismo militante intelectual (160).

Tan dura fue la experiencia por la conducta de ciertos católicos que uno de sus preclaros alumnos le oyó esta resignada queja: «¡Oh Señor, si anduviéramos de caridad tan bien como andamos de fe...!» (161). Morente vivió intensamente su breve tiempo sacerdotal centrado en el ministerio sagrado, en el magisterio universitario y en una ardua labor de conferenciante con proyección apologético-religiosa. Estremecido por las tres llamadas de la amistad, la profesionalidad y la compasión, corrió a echar un cable generoso a los pobres increyentes de la otra orilla, naufragos fluctuantes en la fe (162). Aquí brilló, radiante y señera, su caridad pastoral de Profesor-Sacerdote, que se comportó para con sus amigos descreídos como el buen samaritano.

VI. EPILOGO.

Hemos contemplado las cuatro etapas cronológicas en que se desenvuelve y agota todo el proceso conversional morentiano. Nuestro análisis ha tenido que ceñirse necesariamente al entramado esencial de cada fase marginando por exigencias del espacio otras cuestiones accidentalmente importantes. Queda bien patente una fundamental consecuencia: García Morente volvió a su antigua fe con la máxima sinceridad de alma noblemente apasionada y creyó ver en el sacerdocio católico la coronación de su retorno. Su vida neoconversa y sus Escritos Espirituales son la mayor y la mejor prueba de su regreso a la Iglesia y de su verdadera entrega al servicio divino. Tanto testimonialmente como documentalente, es evidente su conversión genuinamente evangélica. Cercado por Dios cuando se encontraba precipitado «en estrechuras de torrente y de catarata» se rinde humildemente a su llamada. No obstante creemos que merece destacarse sobre otras consideraciones y aspectos de carácter secundario el profundo sentido de búsqueda que atormentó la penetran-

te inteligencia de Morente. Por lo que toca al Hecho extraordinario cabe sólo leerlo *con la unción y el respeto que se debe a lo que se concibió y escribió bajo la inspiración todavía cercana del llamamiento divino, de la gracia que penetró en aquella alma hasta lo más profundo de su ser, y hasta el último instante de sus días. Pero, sobre todo, cabe registrar en el Hecho extraordinario la culminación de aquella angustiada búsqueda del sentido de la existencia y de su propia inserción en ella, búsqueda que le perseguía desde que llegó a la comprensión y vivencia plena del determinismo científico.* Como observación extrínseca es preciso descubrir en este sensacional Documento de su confesión conversional los dos profundos estratos que más se destacan en su señera personalidad: el clasicismo griego de su formación y la crisis de su mentalidad científicista (163).

Hemos visto a través de definitivas singladuras cómo culmina la travesía religiosa de un hombre férreamente consecuente con su fe. No hay en ella altibajos contradictorios ni zigzagueos vacilantes. Todo es limpio, transparente y llano en su rectilínea trayectoria interior. Morente se ha asido al esplendente faro de la fe recuperada, y con esta luz segura ha recorrido todas las etapas de su difícil proceso conversional. Queremos subrayar que esta andadura en la fe de Jesucristo ha llegado hasta su más madura culminación. Desde una vertiente agustiniana, García Morente es un hombre iluminado de manera copiosa por la gracia divina. Dogmáticamente tanto el maniqueísmo como el pelagianismo fueron herejías antisacramentarias contra las cuales San Agustín estableció un principio incontrovertible: «La gracia es la que justifica para que el justificado pueda vivir justamente. La gracia pues, es lo primero; luego vienen las obras» (164). El aprovechado discípulo de la escuela filosófica de Marburgo y brillante catedrático de la Universidad central no había podido liberarse de sus pertinaces prejuicios contra la fe cristiana, si la gracia de Cristo no le hubiera iluminado abundantemente el alma, cuando se hallaba sumido, según su propia frase, en estrechuras de torrente y catarata. Dios misericordioso puso dulce asedio a su castillo interior cuando él cansado ya de peregrinar entre oscuras y cegadoras ideologías, veía crecer en su corazón un profundo desencanto hacia los hombres y las ideas que habían constituido su ambiente (165). La experiencia morentiana ratifica dos hechos universalmente comprobados en la historia de las conversiones: los hom-

bres para ser buenos necesitan de Dios (166), y necesitan orar para hacer eficaces los primeros pasos hacia la fe. En este sentido, Morente se acerca a Jesucristo con la súplica estremecida formulada a golpes suaves de honda contrición. También en esto se cumple en él con notoria similitud el parámetro agustiniano (167). El convertido Morente es un hombre desvinculado de toda atadura que no esté santificada por la gracia cuya fuerza liberadora le renueva en cada etapa, en cada decisión y en cada iniciativa. Equivalentemente nos viene a decir, en sus Escritos Espirituales, como el Obispo de Hipona: *La voluntad libre es tanto más libre cuanto más sana está y es tanto más sana cuando más sometida vive a la misericordia y gracia de Dios* (168). La gracia auxiliadora, iluminadora y deleitante se refleja a lo largo, a lo ancho y a lo profundo de toda la andadura morentiana culminada maravillosamente en la última etapa. En él como en tantos otros convertidos se realiza una vez más la sublime advertencia de San Pablo (169). Es suficiente con clavar la mirada analítica en el Documento que nos narra el *Hecho* para percibir —y así ha quedado demostrado a lo largo de nuestro estudio— que este incomparable Escrito constituye una de las obras de más profundo valor autobiográfico que ha producido el espíritu humano después de las Confesiones de San Agustín: la íntima sinceridad con que fue redactada, su emocionante humildad unidas al clasicismo sereno de un marco expositivo profundamente intelectual, y su inserción en un ambiente terriblemente concreto hacen de esta experiencia religiosa algo incomparable (170).

Hemos descrito y analizado, como clave vertebral de todo el proceso, lo que pasó en el alma de García Morente la noche del 29 al 30 de abril de 1937 cuando mora solitario y abatido en aquel piso octavo del boulevard de Sérurier en París. Este Hecho no puede desconocerse, y mucho menos desvirtuarse o minimizarse, porque de él como de su pujante embrión arranca toda la fuerza evolutiva. La culminación del proceso conversional nos ofrece el tranquilo reverbero de un alma contemplativa ahita de soledad, oración y silencio, en Dios y para Dios. No es posible ignorar esta dimensión contemplativa del brillante Profesor-Sacerdote que fue siempre una «constante» desde su regreso a la fe perdida (171) y que explica de algún modo su ardiente búsqueda de la verdad. Hemos de cerrar forzosamente este Epílogo, haciendo una referencia comparativa sobre el proceso conversional de Morente y ofre-

ciendo una breve reflexión final. Por lo que toca a una visión comparativa, ya expusimos, al estudiar la primera etapa, sus principales rasgos característicos y su realización dentro del paradigma agustiniano. Morente palpó el toque de la gracia divina, cuando todo su complejo afectivo e intelectual se debatía entre pruebas atroces (172).

Es obvio comprobar que la conversión de Morente no se realizó por un proceso de convencimiento intelectual ni de vivencia histórica, como en Maeztu y en tantos otros, sino en una forma estrictamente sobrenatural. Fue una «luz bajada de lo alto, un inmenso consuelo», una voz interior que como la que habló a San Agustín, premió su búsqueda sincera de la verdad llenando de paz y de sosiego a aquella alma inquieta y anhelante (173). Puede observarse que el proceso de conversión descrito por Morente, es cabalmente y por sus etapas, el inverso del proceso típico del descreimiento racionalista. Las fases psicológicas de este proceso son la actitud intimista protestante, el deísmo o religión natural y el ateísmo o panteísmo según los casos. Morente en un brevísimo y dramático proceso de conversión, ha recorrido las mismas fases psicológicas, pero en sentido contrario. Desde su antigua posición que él califica como «una ética natural rematada en una concepción absurda e impía de Dios» pasa a la idea de un Dios providente, Creador y Ordenador del mundo» (174). La visión comparativa de la conversión morentiana se nos ofrece con perfiles nítidamente claros. Tiene por otra parte acentos paulinos, semejanzas agustinianas, rasgos loyolescos, matices pascalianos. Se descubren algunas huellas de Paul Claudel y hay razonamientos que evocan la heroica andadura del insigne Newman. Suscribimos por completo la profunda observación del P. Quintín Pérez a propósito de cómo culmina en el sacerdocio la conversión de Morente:

«Hubo conversión. Pero conversión es vuelta a Dios y en ella puede y suele haber grados. Hay quienes la inician y abandonan; son muchos. Hay quienes en el camino, tal vez a punto de llegar, se les adelanta la muerte; confiemos que con la muerte se les adelantó también el Dios que buscaban. Así el protestante Novalis que fue iluminando la senda de su acercamiento a la Iglesia de Roma con rayos de luz y sombra en sus "Himnos a la noche y Canciones Espirituales". Algunos llegan ya a descubrir las torres, admirar sus pórticos, sentarse a su sombra; y acaso por no abandonar a sus com-

pañeros de viaje, no acaban de entrar, como parece en Bergson. Otros como Riviere, el de la correspondencia con Claudel, entran y llegan al confesonario y se arrodillan ante el comulgatorio; más luego en el torbellino y agitación de la prensa, como si de nuevo perdieran el camino. Otros, en fin, pasan al Presbiterio, y suben cada mañana al altar y celebran. Tal Morente que sólo tres años atrás, ni creía en nada, ni doblaba ante nadie la rodilla en la tierra ni en el cielo» (175).

Tan firme fue la conversión y tan feliz la culminación que rara vez se encuentra en la Historia de las conversiones —dentro del esquema de hombre netamente intelectuales— una entrega tan total y completa que se vea coronada por el sacerdocio y el ministerio apostólico. El ejemplo de Morente trasciende todo análisis comparativo y se sitúa en un marco verdaderamente singular. La ayuda divina se adecúa maravillosamente a la personal idiosincrasia de un hombre, en una formidable conjunción entre naturaleza y gracia.

Digamos finalmente para clausurar este Epílogo que don Manuel García Morente, Profesor y Sacerdote se presenta ante las generaciones contemporáneas como un hermoso testimonio de buen quehacer filosófico perfectamente encajado, a raíz de su conversión en el limpio marco de su fe cristiana. He aquí una exigente ejecutoria intelectual para su programa docente: «A diario me impongo la obligación de medir y pesar cada una de las palabras que a su debido tiempo he de pronunciar o escribir. Lo hice y lo hago siempre» (176). Ciertamente no fue su carisma forjar modernas teorías filosóficas, ya que al descubrir en toda su profundidad y amplitud la doctrina aristotélica-tomista sobre la analogía del ser, su genio poderoso quedó deslumbrado. La, para él, verdadera revelación filosófica resumida en una concisa expresión —«el ser se dice de muchas maneras»— le ayudó a un riguroso análisis de trascendentales consecuencias: en la equivocidad vio el primer germen del escepticismo; en la univocidad la primera raíz del panteísmo en todas sus formas, y en la analogía pensó encontrar la espada prodigiosa, única capaz de cortar las raíces del panteísmo y del escepticismo (177). Su actitud y quehacer intelectual, sobre todo después de su reencuentro con Jesucristo al recuperar la fe, queda delineada con rasgos verdaderamente modélicos. Es verdad que en sus últimos días se sentía apasionadamente

eclético. Sus desengaños filosóficos habían llevado a su ánimo el convencimiento de que la verdad no es posible encontrarla entera en un sector reducido del pensamiento humano, del mismo modo que no se encuentra toda la flora y la fauna en una estrecha zona de la esfera terrestre (178). Por ello era amplio, comprensivo y abierto, pero perfectamente sumiso a la doctrina católica que adoptó, desde su conversión, como norma negativa de investigación filosófica, y en algunas ocasiones también como norma positiva. Puso todos sus postremos afanes en conseguir que la luz de la «filosofía perenne» se proyectara sobre los puntos de desviación y de reenlace con los modernos sistemas filosóficos.

Prototipo del intelectual cristiano, también fue modelo de patriota insigne. Amó a España apasionadamente y continuó enriqueciendo el profundo concepto de «Hispanidad» magistralmente elaborado por Ramiro de Maeztu. Su teoría del caballero español y cristiano y su brillante ensayo sobre la Filosofía de la Historia española merecen, sin duda, para su benemérita figura un puesto de honor entre los intelectuales católicos de la cultura española, al mismo tiempo que le acreditan como consumado maestro. Pocos autores han hablado de España, la Madre Patria, como él lo hizo, y bastantes menos calaron en su complejo contenido intrahistórico y metahistórico para brindarnos una sugestiva síntesis del «homo hispanicus». Enseñó de palabra y de obra, a no faltar contra la fidelidad debida a la esencia nacional, afirmando que de varias maneras puede una generación ser infiel y positivamente traidora a su Patria y a la misión de su época: por reacción, por inercia y por revolución.

Terminamos de redactar este trabajo cuando nuestra querida España está viendo trascendentales momentos históricos (179), y estas enseñanzas patrióticas morentianas tienen un significativo valor pedagógico. La lección de Morente sigue siendo actual. Su testimonio es válido porque posee triple ejemplaridad como creyente, como profesor y como ciudadano. Este breve estudio quisiera constituir un modesto homenaje al insigne hijo de la Provincia de Jaén, Don Manuel García Morente, catedrático eximio de la Universidad Central de Madrid que vivió sus últimos años y murió *sicut bonus miles Christi Jesu* —como buen soldado de Cristo Jesús—, y cuyo proceso conversional quedará para siempre como una de las más extraordinarias y ejemplares experiencias religiosas de nuestro siglo y uno de los más bellos triunfos de la verdad y de la

gracia divina (180). Su camino hacia Cristo fue largo y penoso, como el de John Henry Newman, pero se vio coronado por lo que él más deseó al recuperar la fe perdida: el sacerdocio católico. El itinerario religioso del Profesor García Morente, Sacerdote, es una obra maestra de la gracia divina y un incontestable ejemplo de fidelidad cristiana.

INDICE DE NOTAS BIBLIOGRAFICAS

(1) Don Manuel García Morente nació el 22 de abril de 1886 en Arjonilla, provincia de Jaén. Fueron sus padres el Dr. D. Gumersindo García Corpas y Dña. Casiana Morente y Serrano, sobrina del General Serrano. Hizo su Primera Comunión en el Colegio de la Purísima Concepción, de Granada, y en 1894 comienza los estudios de Bachillerato en Bayona (Francia), coronándolos con el «Grand Prix». Más tarde inicia estudios de Filosofía, licenciándose en la Sorbona, de París, título revalidado en España el 24 de marzo de 1906. En Francia tuvo como Profesores a Bergson, Boutroux, Rauth y Lévy Bruhl. Amplía después estudios de Filosofía en Berlín, Munich y Marburg, siguiendo dos cursos de Natorp, Cohen y Casirer. El 22 de marzo de 1912 obtiene el Doctorado en Filosofía en la Universidad de Madrid, defendiendo su tesis sobre la Estética de Kant, y en el mismo año, gana la Cátedra de Etica cuando solamente tiene 25 años. Es el catedrático de Universidad más joven de España. En 1931 es nombrado Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, ostentando dicho cargo hasta 1936 en que fue destituido del mismo al poco tiempo de iniciarse la guerra civil española, cesando también como catedrático. Perseguido a muerte, por las hordas marxistas de Madrid, tuvo que emigrar a Francia, llegando a París el 1 de octubre donde permanece hasta el 20 de junio de 1937 en que embarca en Marsella con rumbo a Tucumán (Argentina) en cuya Universidad se le ofrece la Cátedra de Filosofía. Su retorno a la fe católica tuvo lugar a raíz de un «Hecho extraordinario» ocurrido la noche del 29 al 30 de abril de 1937.

(2) Por una curiosa coincidencia, tanto D. Marcelino Menéndez Pelayo como D. Manuel García Morente (1886-1942) murieron a la edad de 56 años. Precisamente nuestro ilustre comprovinciano ingresó en la Universidad de Madrid como Profesor de Etica en 1912, el mismo año en el cual falleció el gran polígrafo santanderino.

(3) Con el fin de informar a nuestros lectores, los remitimos a la copiosa y casi exhaustiva bibliografía morentiana, diligentemente preparada por el Profesor A. LÓPEZ QUINTAS: *Manuel García Morente, Ontología de su vida*, en Filosofía Española contemporánea, BAC., 298 (Madrid 1970) 147-149.

(4) VÁZQUEZ BOLAÑO F., *Lo que yo sé de García Morente*, en Estudios 1 (1945) 146.

(5) Cf. AGUIRRE PRADO, L., *García Morente* (Servicio de Publicaciones Españolas, Madrid 1963). FERNÁNDEZ DE LA MORA, G., *El lugar intelectual de Morente: Estafeta Literaria* 387 (1968) 8-9. GAMBRA, R., *La vida nueva de García Morente, Estafeta Literaria* 387 (1968) 14-15. GUY, A., *Filósofos Españoles de ayer y de hoy*, pp. 151-153. IRIARTE, M., *El Profesor García Morente, sacerdote. Escritos últimos y comentario biográfico* (Espasa-Calpe), Madrid 1956. LÓPEZ QUINTAS, A., *Manuel García Morente*. Tercer programa 7 (Madrid 1967) 194-202. MARIAS, J., *La filosofía española actual* (Espasa Calpe, Madrid 1956) 123-131. *Historia de la Filosofía* (Revista de Occidente, Madrid 1964). *Dios y el César: Ensayos de la convivencia* (1955) 40 ss. MARTINS D., *Nos passos de Garcia Morente. Estructura metafísica do pensamento filosófico*. Revista portuguesa de Filosofia 1 (1945) 133-149. MILLÁN PUELLES, A., *Morente filósofo de la vida*, Estafeta Literaria 387 (1968) 11-12. *Homenaje a Manuel García Morente* (Colegio Mayor Moncloa, Madrid 1959). MUÑOZ ALONSO, A., *Expresión filosófica y literaria* (Juan Flors, Barcelona 1956) pp. 123-124. *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo* (Guadarrama, Madrid 1959), pp. 393-394. MURO, P., *Morente o la filosofía divulgada: ABC*. VÁZQUEZ BOLAÑO, F., *Don Manuel García Morente: lo que yo sé de García Morente*, Estudios 1 (1945) pp. 146-161. Poyo, *Noviciado de García Morente*, Estafeta Literaria 387 (1968) 12-13. VÁZQUEZ PÁJARO, M., *Morente, Profesor y Filósofo*, Estudios 1 (1945) 173-191. ZARAGUETA, J., Prólogo a la Obra *Fundamentos de Filosofía* (Espasa-Calpe, Madrid 1947) pp. 5-6. *Manuel García Morente: Revista de Filosofía* 2 (1943) pp. 147-161. *Ampliación del Epistolario*. Carta al P. José Miguelez, Estudios 2 (1945) pp. 195-196. *Correspondencia íntima* (1939, 1942) *del señor García Morente con el Comendador de Poyo*, P. Alberto Barros, Estudios 2 (1945) pp. 158-172. *Del Epistolario de D. Manuel García Morente*: Estudios 3 (1945) pp. 179-185.

(6) GARCÍA MORENTE, M., *Premisas pontificias de la paz: Cese a la persecución religiosa*, en *Ecclesia* 34 (1942) pp. 15-16. Cf. GARCÍA MORENTE, M., *Ejercicios Espirituales. Edición y presentación del P. Iriarte*, Espasa-Calpe (Madrid 1961) p. 15.

(7) TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 81, aa. 1-2.

(8) Algunos la hacen derivar de *relegendo*, esto es, prestar atención con la mente y con el corazón a lo que se refiere al culto divino (Cicerón, *de natura deorum*, 2,28); otros de reeligendo como si el hombre tuviera que elegir de nuevo a Dios después de haberlo abandonado por el pecado (S. Agustín, *de civitate Dei*, 10,3); otros finalmente, de *religando*, en cuanto que el hombre se vincula a Dios de forma particular con los actos de religión (Lactancio, *Institutiones*, 4,28). Santo Tomás, conociendo los datos etimológicos, según estas divergencias, llevó a cabo una interpretación global y convergente de los mismos, poniendo de relieve el punto fundamental que está en la base de todos, el *ordo ad Deum*, definiéndola así:

religio proprie importat ordinem ad Deum (S. Th. 2-2.q.81, art. 1). Cf. D. TETAMANZI, Voz, «Religión» en Diccionario enciclopédico de Teología Moral, dirigido por L. ROSSI y A. VALSECCHI (Ediciones Paulinas, Madrid 1974) p. 932.

(9) WERNER POST, Voz «Religión» en *Sacramentum Mundi*, t. V., cols. 905-925. Cf. KARL HORMANN, Diccionario de Moral Cristiana «Voz» «Religión», cols. 1099-1105. J. B. METZ, *Acto religioso*, *Sacramentum Mundi*, t. I, cols. 52-60. M. SÁNCHEZ, *el primado de la Religión en la Jerarquía de las virtudes morales*, *Studium* 3 (1963) 87-125.

(10) CICERÓN: «Quienes trabajan con diligencia y como volvían a leer todo lo que pertenece al culto de los dioses, han sido llamados *religiosos* de volver a leer (ex relegendi); como de elegir (ex eligendo), *elegantis*; de amar (a diligendo) *diligentes*; de entender (ex intelligendo) *intelligentes*: pues todas estas palabras llevan consigo la misma fuerza de leer que está en el religioso»: De natura deorum, libr. II, c. 28. Vid. FACCIOLATI-FORCELLINI-FURNALETTO: *Totius Latinitatis Lexicon*, Lipsiae a. 1839, ed. E. KOLLMANN.

(11) Cf. SOLILOQ, I.1,4 (P.L. 32,871): *Qui fecisti hominem ad imaginem et similitudinem tuam, quod qui se ipse novit, agnoscit.*

(12) El P. IRIARTE, ya citado, subtitula su Obra: «El Profesor García Morente, Sacerdote» con esta apostilla: «Escritos íntimos y comentario biográfico». Seguimos fundamentalmente al ilustre autor que con tanta competencia, maestría y cariño, nos ha ofrecido la polifacética figura del filósofo giennense. Sin embargo nuestro comentario a los Escritos Íntimos se fija preferentemente en el doble aspecto teológico-ascético que hemos indicado.

(13) IRIARTE, Obr. cit. p. 295.

(14) 2.ª Tim. 4,7.

(15) Se trata de un autógrafo o comunicación escrita que ocupa setenta apretadas cuartillas, sin márgenes, entregada a su Director Espiritual del Seminario Mayor de Madrid, y hoy Arzobispo de Valencia. En ese escrito, después de enumerar, como preámbulo, los sucesos personales desde el verano del 36 a la primavera del 37, reconstruye —con su característica lucidez de filósofo y psicólogo— el curso de sus estados de ánimo durante esos meses, y el proceso mental y afectivo que se resolvió en su vuelta a la religión. De otros convertidos se han publicado en nuestros días numerosos documentos similares: ninguno de ellos —a nuestro parecer— hay que le supere, y pocos que le igualen en valor psicológico y religioso. (Cf. P. IRIARTE, M., Presentación a «Ejercicios Espirituales», p. 16). Atendiendo al título del encabezamiento «Hecho extraordinario» y, por frases del texto, —dice el P. Iriarte— la intención del autor fue manifestar en cuenta de conciencia una a modo de visión de

Jesucristo —sentimiento de presencia— con que fue favorecido en la hora crucial de su vuelta a Dios. Aunque el valor sustancial del relato radica, más que en la noticia de este fenómeno concreto, en la descripción del interno proceso **conv**ersional desarrollado antes e independientemente de aquel hecho. Es por lo mismo el documento nuclear sobre su conversión, un verdadero estudio de autopsicología de ella, y su existencia no puede menos de mirarse como providencial». Cf. Obr. cit. p. 3.

(16) Los dos documentos más íntimos y más reveladores de García Morente —el Hecho extraordinario y el Diario de Ejercicios— fueron redactados casi simultáneamente con ocasión de los Ejercicios Espirituales hechos en septiembre de 1940, cuando se dispone a recibir las Ordenes Sagradas. El autógrafo del «Hecho extraordinario» está firmado en «septiembre de 1940»; el Diario de Ejercicios comienza el 24 de septiembre de 1940, y concluye el 1 de octubre del mismo año. En cuanto al Documento del Hecho extraordinario es interesante reseñar las palabras del Sr. García Lahiguera: «Yo preferí el silencio. El lo aceptó humildemente, pues ni indirectamente curioseó mi opinión. ¡Esto es sacrificio de la curiosidad y verdadera humildad! ¡Murió, pues, sin saber mi juicio sobre el hecho más grande de su vida! Ni mi juicio ni el de otros, pues ni él ni yo dimos cuenta a nadie de esto. Yo esperé la hora de Dios». Esta hora sonó efectivamente después de la muerte del ilustre dirigido. Cfr. Iriarte, *Ibíd.* p. 55.

(17) Acerca del autógrafo que nos narra el Hecho extraordinario, es conveniente recoger la aguda observación de Iriarte: «Tres núcleos de información hemos de distinguir en él: 1.º) El que se refiere a sucesos externos, conocidos únicamente gracias a este relato; 2.º) Los internos debates y el sucesivo proceso del pensamiento filosófico-religioso del autor, que él trata de poner de acuerdo con las tremendas experiencias vitales en que se ve encuentro; 3.º) La descripción y análisis del Hecho extraordinario, o sea, de una aparición o «sentimiento de presencia» de Jesucristo». Cf. Iriarte, *Obr. cit.* p. 55.

(18) EIJO Y GARAY, L., en la Obra, *El Profesor García Morente, Sacerdote*: Prólogo, p. IX.

(19) Carta a un amigo: Cf. Iriarte, *Obr. cit.* p. 18.

(20) Morente contó esta bella anécdota estando ya en Poyo donde recibió la carta de su hermana Guadalupe dirigida a una amiga íntima en la cual le exponía sus cuitas y esperanzas en torno a la conversión de su descarriado hermano. Cf. Iriarte, *ibíd.* p. 30.

(21) IRIARTE, *Obr. cit.* p. 31.

(22) Notas biográficas de D. Manuel García Morente: noventa cuartillas manuscritas de su hija María Josefa, Viuda de Bonelli: Cf. Iriarte, *obr. cit.* p. 33.

(23) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, Ob. cit. p. 59. Carta al Dr. Eijo, *Ibíd.* p. 48.

(24) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, ob. cit. p. 60.

(25) Notas Biográficas... Cfr. Iriarte, obr. cit. p. 33.

(26) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, obr. cit. p. 62.

(27) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, obr. cit. p. 65, 66, 68-69.

(28) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, obr. cit. p. 73.

(29) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, obr. cit. p. 75.

(30) Carta desde Tucumán (27-IV-1938) al Dr. Eijo Garay, Obispo de Madrid-Alcalá: Cf. Iriarte, *Ibíd.* pp. 48-52.

(31) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, obr. cit. pp. 76-77.

(32) Cfr. Juan, 12,32; Isaías, 12,3.

(33) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, *Ibíd.* p. 77.

(34) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, pp. 77-78.

(35) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 80.

(36) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 81.

(37) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 83.

(38) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, pp. 81-84.

(39) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 85.

(40) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 87.

(41) S. AGUSTÍN. De Gen. ad Litt. 1.12,c.7,n.16: M.L. 34,459,

(42) SANTA TERESA DE JESÚS, Moradas Sextas, c.8,n.3. Es notable observar que el mismo García Morente analizó y comparó la «percepción sin sensaciones», de Jesucristo, con la experiencia de que nos habla Sta. Teresa en el cap. XXVII, de la *Vida*, llegando a una identificación del fenómeno místico, no obstante la diferente terminología empleada por la Santa Reformadora y Doctora de la Iglesia. Es admirable el rigor psicológico y la fina penetración introspectiva de que hace gala Morente: Cf. Hecho Extraordinario, en Iriarte, *Ibíd.*, pp. 83-84.

(43) Cf. FELIPE DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, Theol. Myst. p.2.^a,Tr.2,d.4,a.3.

(44) SANTA TERESA, *Vida*, c. 27, n. 5.

(45) Cf. Mateo 7,16; ROYO MARÍN: *Teología de la Perfección Cristiana* (BAC, 114), 5.^a ed., p. 197. SCHRAM, Theol. Myst. t. 2, p. 197.

(46) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 80.

(47) Hecho extraordinario: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 78.

(48) Notas Biográficas... Cfr. Iriarte, *Ibíd.*, p. 53.

(49) Marcos, 4,26-29.

(50) Relación biográfica de su hija María Josefa: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 41.

(51) IRIARTE, *Ob. cit.* p. 92.

(52) IRIARTE, *Ob. cit.* p. 101.

(53) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 80. Hay una divergencia notable entre Iriarte y Vázquez sobre si las ideas filosóficas de Morente prepararon su conversión. Según el *Hecho*, pensamos ciertamente que hay cierta conexión. Sin que suscribamos la frase del P. Vázquez «llegó a la fe por los caminos del pesimismo, de los desengaños filosóficos», creemos que su ideario filosófico no fue ajeno al proceso conversional. No obstante el proyecto morentiano de reedificar su castillo filosófico, revela a las claras hasta dónde llegan las sacudidas del profundo seísmo espiritual que supone su regreso a Dios. (Cf. Iriarte, *ibíd.*, pp. 24-25).

(54) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 78.

(55) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 80.

(56) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 96.

(57) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 96.

(58) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 80.

(59) Carta al Dr. Eijo Garay: Cf. Iriarte, *Ibíd.* pp. 51-52.

(60) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, pp. 79-80. Cf. Efes. 2,4; Rom. 5,10 ss.; 2.^a Cor. 5,18.

(61) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 88.

(62) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, Cf. Carta al Dr. Eijo Garay, *Ibíd.*, p. 47.

(63) Carta al Dr. Eijo Garay: Iriarte, *Ibíd.*, pp. 38,47,48,51-52. Hecho extraordinario, *Ibíd.*, pp. 76,78,80,81,85,87,88.

(64) Hecho extraordinario, *Ibíd.*, p. 90.

(65) IRIARTE, *Ibíd.*, pp. 12,25,30,56,73.

(66) IRIARTE, *Ibíd.*, p. 56.

(67) VEGA MUÑOZ, *Psicología de la Conversión de San Agustín*, *Gregorianum* 22 (1941) 9-24 y 325-352

(68) CONFESIONES XIII,3,4; I,1,1; III,1,1; X,20; XIII,11,12; VII,17,23. Hay que destacar el conocidísimo texto de I,1,1: «*Tu excitas ut laudare te delectet, quia fecisti nos ad Te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in Te*»: Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti». A este texto fundamental agustiniano alude expresamente Morente en el Hecho: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 73.

- (69) CONFESIONES, III,6; VII,16,22 y XIII,15.
- (70) CONFESIONES, VII,18.
- (71) CONFESIONES, IV,7,12; IX,4; I,1,13; II,20; IV,8; VII,7.
- (72) CONFESIONES, X,23; XII,10.
- (73) Serm. 154,1. III,6,11.
- (74) RUBIO J., *Hacia una teoría agustiniana de la conversión*, Augustinus 9 (1964) pp. 471-489.
- (75) CONFESIONES, II,1,1; XI,16,23; V,15,27; VI,1,1; VII,11.
- (76) CONFESIONES, IV,7,12.
- (77) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 62.
- (78) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, pp. 62-63.
- (79) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 64.
- (81) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, pp. 68-69.
- (82) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, p. 76.
- (83) Carta al Dr. Eijo Garay: Iriarte, *Ibíd.*, p. 47.
- (84) Carta al Dr. Eijo Garay: Iriarte, *Ibíd.*, p. 49.
- (85) Hecho extraordinario: Iriarte, *Ibíd.*, pp. 76-77.
- (86) Hecho extraordinario: Iriarte, p. 87.
- (87) IRIARTE, *Ibíd.*, p. 12.
- (88) El P. BARROS, Provincial de los Mercedarios de Castilla y Comendador de Poyo, con quien Morente trabaría una sincera amistad, afirma y así lo escribió, que García Morente comenzó a residir en el Monasterio de Poyo el 9 de septiembre. El Hecho sitúa este acontecimiento el día 10. Por otra parte en la relación biográfica preparada por su hija mayor, se afirma que fue el día 8: «El día 8 de septiembre, mi hermana y yo fuimos en un coche a acompañarle a Poyo...» (Iriarte, *Ibíd.* p. 113). Damos preferencia a esta última fecha.
- (89) Carta al Dr. Eijo Garay: Cfr. Iriarte, *Ibíd.*, p. 51.
- (90) Carta a D. Serapio Huici: Iriarte, *Ibíd.*, p. 102.
- (91) S. AGUSTÍN, Solil. I,1,3; P.L. 32,870.
- (92) Es bella y profunda la definición de «Amor» que el Obispo de Hipona nos ofrece como fuerza en constante actividad: *amor... pondus meum, pes animae, manus animae*; Confesiones XIII,9,10; In Bs. 9,15; Serm. 125,7; In Ps. 31,5. Es obvio por otra parte que el «nuevo amor» del convertido Morente colma totalmente su vida y monopoliza todas sus energías.

(93) P. FERNANDO VÁZQUEZ, *Don Manuel García Morente y la Orden de la Merced*, Estudios, I, (1945) 145-158.

(94) A. BARROS, Comendador de Poyo: Cf. Vázquez, *Ibíd.*: Iriarte ob. cit. p. 112.

(95) Carta al Dr. Eijo Garay: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 49.

(96) Carta a una religiosa asuncionista familiar suyo: 19 de enero de 1939.—Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 317.

(97) Carta a D.^a Carmen Perales: 9 de enero de 1939: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, página 318.

(98) *Ibíd.*, p. 319.

(99) Carta a sus hijas, 14 de enero de 1939: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 304.

(100) Carta a sus hijas, 26 de febrero de 1939: Iriarte, *Ibíd.*, p. 309.

(101) Carta a sus hijas, 16 de diciembre de 1938: Cf. Iriarte, p. 303.

(102) Carta a D. Juan Zaragüeta: Cfr. Iriarte, *Ibíd.*, p. 118.

(103) Carta a una religiosa asuncionista, 19 de enero de 1939: Iriarte, *Ibíd.*, página 317.

(104) Carta a sus hijas, 14 de enero de 1939: Iriarte, *Ibíd.*, p. 303.

(105) *Don Manuel García Morente y la Orden de la Merced*, Estudios 1 (1945) página 149.

(106) Carta al P. José Miguélez, 7 de febrero de 1941: Cfr. *Epistolario de Don Manuel García Morente, Catedrático de la Universidad central*, en Estudios 1 (1945) p. 195.

(107) El P. Rafael Vázquez Seijas nació el 20 de noviembre de 1880 en San Pedro de Meijide (Palas del Rey, Lugo). Fue bautizado con el nombre de Jesús el 21 de noviembre de 1880. Ingresó en el Convento de Poyo el 12 de julio de 1895. Tomó el hábito de novicio en Poyo el 26 de septiembre de 1895. Profesó de votos simples el día 21 de noviembre de 1896 y de votos solemnes en el Convento de Poyo el día 31 de enero de 1900. Se ordenó de presbítero en Tuy el 22 de septiembre de 1906. Desempeñó bastante tiempo el cargo de Procurador del Convento y fue Vicario del mismo durante muchos años. Como Confesor fue especialmente aceptado por muchas generaciones de religiosos y coristas. El día 25 de enero de 1912 fue trasladado a Sarriá (Lugo) donde estuvo poco más de dos años. hasta el 31 de octubre de 1914 en que regresó de nuevo a Poyo en cuya parroquia fue Coadjutor hasta 1918 en que fue nombrado Párroco, cargo que desempeñó hasta su edificante muerte el 16-2-1960. Conventual de Poyo por espacio de sesenta años, brilló por sus recias virtudes religiosas enseñando a muchas promociones de frailes mercedarios cuál es la verdadera vida en Común y la más pura esencia del estado religioso. Su biografía fue

publicada a raíz de su muerte. Creemos que este santo varón tuvo un ascendiente enorme desde el punto de vista ascético y devocional, en la formación religiosa de García Morente.

- (108) Carta al Dr. Eijo Garay: Cf. Iriarte, *Ibíd.*, p. 121.
- (108 bis) PINTOS FONSECA: *Memorando: García Morente en Poyo*. Artículo aparecido en la Revista La Merced (diciembre 1944) p. 29.
- (109) Cf. PINTOS FONSECA, *Ibíd.*, p. 27.
- (110) PINTOS FONSECA, *Ibíd.*, 133.
- (111) A. BARROS, *Correspondencia íntima (1939-1942) del Sr. García Morente con el Comendador de Poyo*, en Estudios 1 (1945) 161.
- (112) *Carta al P. Comendador del Convento de Poyo*, 23 de agosto de 1939, Estudios 1 (1945) 164.
- (113) Carta al P. A. Barros, 16-XI-1939, en Estudios 1 (1945) 167.
- (114) Carta al P. A. Barros, *Ibíd.*, p. 169.
- (115) *Ibíd.*, p. 169.
- (116) *Ibíd.*, p. 170.
- (117) IRIARTE, *Ob. cit.*, pp. 136-139.
- (118) IRIARTE, *Ob. cit.*, p. 153, nota 1.
- (119) IRIARTE, *Ejercicios Espirituales: Presentación*, p. 27.
- (120) QUINTÍN PÉREZ, *Comentario al Diario de los Ejercicios de García Morente*, Razón y Fe, vol. 135 (1947) pp. 13-27.
- (121) *Ibíd.*, p. 17.
- (122) Diario de los Ejercicios, p. 41.
- (123) Diario de los Ejercicios, pp. 59-61.
- (124) IRIARTE, *Ejercicios Espirituales; Presentación*, p. 30.
- (125) IRIARTE, *Ejercicios Espirituales, Presentación*, p. 33.
- (126) Ejercicios Espirituales, p. 39.
- (127) *Ibíd.*, p. 44.
- (128) *Ibíd.*, p. 51.
- (129) *Ibíd.*, p. 55.
- (130) *Ibíd.*, p. 75.
- (131) *Ibíd.*, p. 101.
- (132) *Ibíd.*, p. 13.
- (133) IRIARTE, *Obr. cit.*, p. 152.

- (134) Ejercicios Espirituales, p. 57.
- (135) *Ibíd.*, p. 55.
- (136) *Ibíd.*, p. 59.
- (137) *Ibíd.*, p. 63.
- (138) *Ibíd.*, pp. 89-91.
- (139) *Ejercicios Espirituales*, p. 105.
- (140) *Ibíd.*, p. 107.
- (141) *Ibíd.*, pp. 152-153.
- (142) IRIARTE, *Ejercicios Espirituales: Presentación*, pp. 32-33.
- (143) *Ibíd.*, p. 129.
- (144) *Ibíd.*, p. 165.
- (145) IRIARTE, *Ob. cit.* p. 80.
- (146) *Carta a sus hijas desde Poyo*, 20-II-1939: Cf. IRIARTE, *ob. cit.* página 105, nota 3, pp. 125-126.
- (147) *Ejercicios Espirituales*, pp. 62-63.
- (148) *Carta al P. Huici*: Cf. Estudios 1 (1945) 183.
- (149) *Carta al P. Comendador de Poyo*: 6-2-1941: Estudios 1 (1945) 169.
- (150) IRIARTE, *Ob. cit.* p. 287.
- (151) IRIARTE, *Ibíd.*, p. 288.
- (152) IRIARTE, *Ibíd.*, p. 256 ss.
- (153) IRIARTE, *Ibíd.*, p. 261.
- (154) *Tercera Conferencia en Valladolid sobre la restauración de la Metafísica* (12-3-1942): «Análisis ontológico de la fe»: Conferencia en la Universidad de Oviedo, verano 1942: IRIARTE, *ob. cit.* pp. 257-261.
- (155) R. GAMBRA. *Estudio preliminar a Manuel García Morente*: Ideas de una filosofía de la Historia de España (Madrid 1957) p. 14.
- (156) R. GAMBRA, *Obr. cit.*, pp. 50-51.
- (157) Reseñamos aquí las trece Conferencias pronunciadas por Morente después de su ordenación sacerdotal: 1) *La razón y la fe en Santo Tomás de Aquino*: Conferencia en la Universidad de Valladolid. Valladolid 1940.—2) *El clasicismo de Santo Tomás*. Conferencia en la Universidad de Valladolid en la fiesta del Santo. Valladolid 1942.—3) *El tipo humano de la Hispanidad*. Conferencia de Radio Nacional, en emisión para Hispanoamérica. Madrid 1940.—4) *Ser y Vida del caballero cristiano*. Conferencia en la Escuela Naval Militar. San Fernando 1942. Reproducidas junto con la conferencia pronunciada en el Colegio del Pilar, de Madrid, en Edicio-

nes de la Juventud de A. C. Madrid 1945.—5) *El espíritu científico y el espíritu religioso*. Conferencia en Pamplona, 12-X-1941.—6) *El problema espiritual de los intelectuales*. Ponencia en la Asamblea sacerdotal de San Sebastián, 1941. Publicada en Surge, Vitoria, mayo-octubre 1941.—7) *Premisas pontificias de la paz: Cese a la persecución religiosa*. Artículo de Ecclesia, núm. 34, 7-III-1942.—8) *La Hispanidad eterna*, Artículo en Ya, 12-X-1942. 9) *Análisis ontológico de la fe*: conferencia en la Universidad de Oviedo, verano de 1942.—10) *Problemática de la vida*: conferencia en el cursillo nacional de Apostolado universitario, Signo, 14-21 y 28 de febrero de 1942.—11) *La idea filosófica de la personalidad en San Juan de la Cruz*: conferencia en el IV Centenario de San Juan de la Cruz, Burgos 8-XI-1942.—12) *La libertad en la vida y ante Dios*: Conferencia en Pamplona, 12-X-1942.—13) *Cuatro Sermones sobre San Fernando*, ante la Hermandad de Caballeros de San Fernando, Madrid 1943. (Cf. IRIARTE, Ob. cit., pp. 4-5).

(158) *Análisis ontológico de la fe*: Cf. R. GAMBRA, *Ibid.*, p. 146; cf. p. 56.

(159) *Análisis ontológico de la fe*: Cf. R. GAMBRA, *Ibid.*, p. 168.

(160) IRIARTE, Ob. cit., p. 250.

(161) R. GAMBRA, *Ibid.*, p. 60.

(162) IRIARTE, Ob. cit., p. 253.

(163) R. GAMBRA, *Obr. cit.*, pp. 42 ss.

(164) *De div. quaest. ad Simpl.* 1, q. 2. 3. (P. L. 40, 113): «Justificat autem gratia ut justificatus possit vivere juste. Gratia est igitur prima, secunda bona opera».

(165) R. GAMBRA. *Obr. cit.*, p. 28.

(166) S. AUGUSTÍN, *Enarrat.* in ps. 70, serm. 2, 6: P. L. 36, 896: «*Ut ergo boni simus indigemus Deo*».

(167) Conf. 13,1: «No desamparéis ahora a quien os invoca pues que antes que os invocase me previnisteis, y frecuentemente insististeis con muchas maneras de voces para que os oyese de lejos, y me volviese a Vos, y llamase a mi vez a quien ya me llamaba». La descripción autobiográfica del Hecho extraordinario tiene delicadas observaciones que nos hacen recordar este conmovedor pasaje del gran Doctor de la Iglesia.

(168) Epíst. 147,2,8 (P. L. 33,676): «*Haec enim voluntas libera tanto est liberior quanto est sanior; tanto autem sanior quanto divinae misericordiae gratiaque subjectior*».

(169) Cf. Filipenses, 1,6: «Seguro estoy de que quien comenzó en nosotros la obra buena la llevará a feliz término el día de Cristo».

(170) R. GAMBRA, Ob. cit., pp. 14-15.

(171) IRIARTE, Ob. cit. pp. 127, 129, 130, 131.

(172) Hacemos nuestra la aguda e inteligente observación del Padre Flórez García: «La historia de las conversiones es en este punto mucho más rica que la teología. Extraordinarias personalidades religiosas y literarias, como Pablo, Agustín, Pascal, P. Claudel, nos ofrecen preciosos testimonios del misterioso fenómeno de la conversión. Esta se produce en Pablo como un golpe imprevisto de la gracia que enajena el propio psiquismo y transforma la orientación religiosa de su vida. La conversión de Agustín es lenta y trabajosa. La de Pascal y también la de Claudel se producen en un momento de luz y de alegría. «Certeza, certeza, Sentimiento. Alegría. Paz». «Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría». «Que no sea jamás separado de El», escribe Pascal en el «año de gracia» de 1654, lunes 23 de noviembre, fecha que el autor de los *Pensamientos* lleva durante muchos años escrita en un papel cosido al forro de su traje. Paul Claudel dice de su conversión: «En un instante mi corazón fui tocado y creí. Creí con una tal fuerza de adhesión, con una tal conmoción de todo mi ser, con tal convicción, con tal certeza, que no dejó lugar a ninguna clase de duda; desde entonces, todos los libros, todos los razonamientos, todos los avatares de una vida agitada, no han podido debilitar mi fe, y a decir verdad, ni tocarla siquiera» Cf. H. JURGEN BADEN, *Literatura y Conversión*, Guadarrama, Madrid 1969. Cf. FLOREZ GARCÍA G., *La reconciliación con Dios* (BAC, 329) p. 175, nota 68.

(173) R. GAMBRA, *Ob. cit.*, p. 41.

(174) R. GAMBRA, *Ob. cit.* pp. 48-49.

(175) QUINTÍN PÉREZ, *Ibíd.*, p. 17.

(176) M. VÁZQUEZ, *Morente, Profesor y Filósofo*, Estudios 1 (1945) p. 176.

(177) M. VÁZQUEZ, *Ibíd.*, p. 185.

(178) M. VÁZQUEZ, *Ibíd.*, p. 178. Cf. IRIARTE, *Ob. cit.* p. 269.

(179) El día 20 de noviembre de 1975, falleció el Jefe del Estado Español, Generalísimo Francisco Franco, después de casi cuarenta años de invicto caudillaje. Toda la Patria consciente de tan irreparable pérdida lloró su muerte con unánime y sentido duelo nacional. El día 22 del mismo mes y año, fue proclamado Rey de España por las Cortes Españolas el Príncipe de España D. Juan Carlos de Borbón con el nombre de Juan Carlos I. Al instaurarse otra vez la Monarquía Española después de 44 años de interrupción histórica, España estrena un nuevo capítulo. Pedimos a Dios que sea muy fecundo en todos los aspectos y realizaciones, para bien de nuestra Patria.

(180) Cf. 2 Tim. 2, 3. Cf. IRIARTE, *ob. cit.*, p. 296.